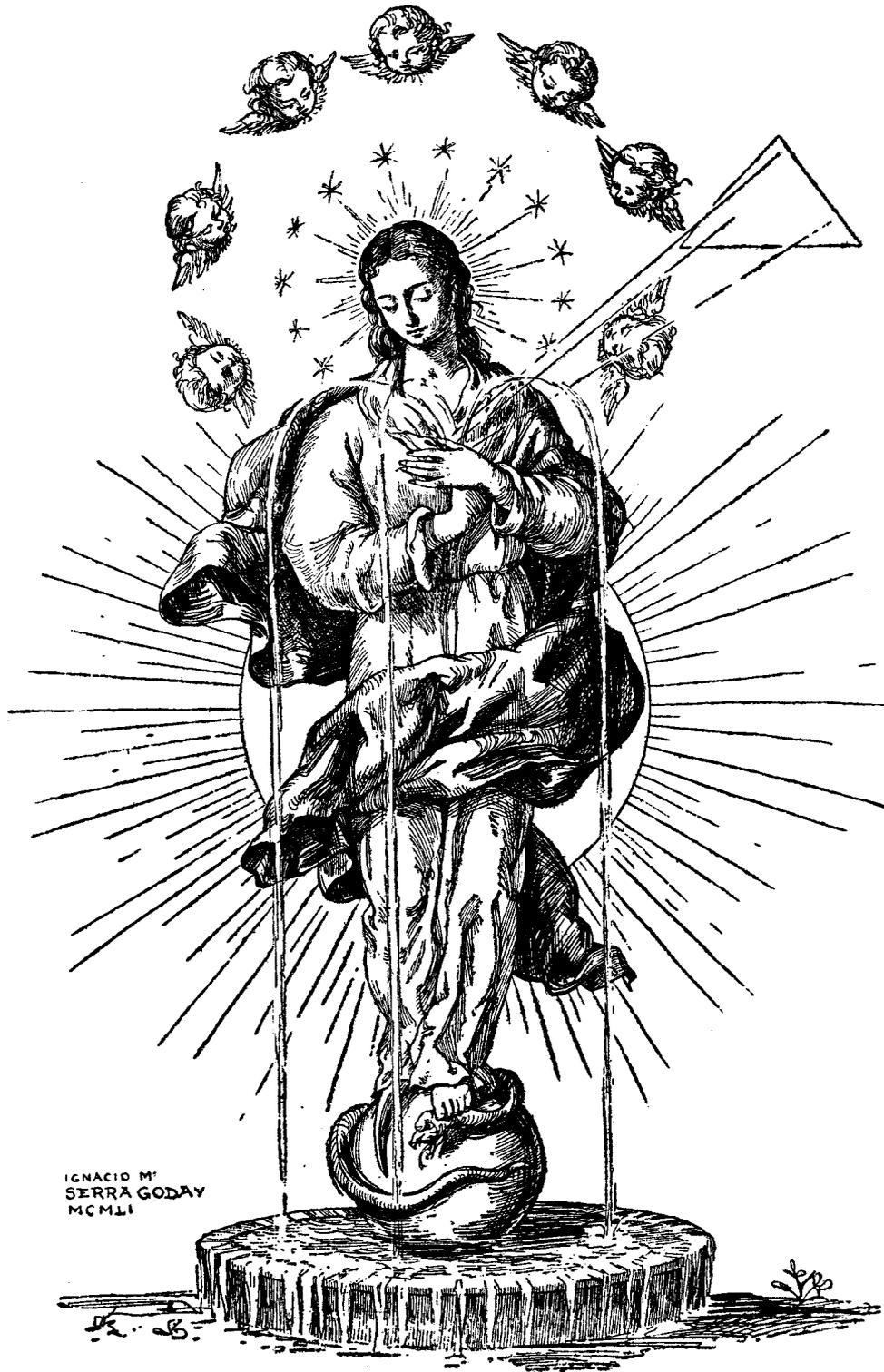


CRISTIANIDAD



MATER DIVINÆ GRATIÆ

BARCELONA
Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléf. 22 24 46

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

MADRID
Martínez Campos, 11, 5.º - Teléf. 22 62 08

Suscripción	Anual . . .	100 ptas.	}	Número ordinario	5 ptas.
	Semestral .	50 »		Encuadernar.	25 »
	Trimestral .	25 »		Tomo encuadernado	125 »

Obras existentes en nuestra
Administración que por
su interés recomendamos

Historia de las Sociedades Secretas

VICENTE DE LA FUENTE
3 tomos. . . 60 ptas.

La Inquisición

J. M. ORTI LARA
ejemplar. . . 15 ptas.

La vuelta a los altares

LUIS CREUS VIDAL
ejemplar. . . 25 ptas.

El liberalismo es pecado

FELIX SARDÁ Y SALVANY
ejemplar. . . 4 ptas.



Bien seguro que si todos los católicos nos intercambiamos
las informaciones de lo bueno que cada uno de nosotros conozca,
podremos ayudarnos mucho mutuamente y con ello practicar el amor
al prójimo que nos mandó Jesucristo.

SERVICIO CATOLICO DE INFORMACION

(S. E. C. I. N.) de la Congregación de la Purificación y San Francisco de Borja
Calle Roger de Lauria, núm. 15, pral. - Teléfono 22 71 68

recopila y divulga información de lo moralmente bueno y aceptable
que pueda interesar, a través de su boletín quincenal, ampliando
detalles en sus oficinas de 5 a 9 de la tarde.



Todas las ofertas deben venir acompañadas de buenas referencias
morales.



Se agradecerá a los empresarios de salas de espectáculos públicos o
privados así como a los dedicados a empresas de sano esparcimiento,
como Agencias de Viajes, Conciertos, Grupos excursionistas, etc.,
se sirvan darnos a conocer sus programas con la debida antelación
para insertarlos en el boletín e informar personalmente
a los consultantes.

E. B.

Hijo de Antonio Sirera, S. A.

LANAS Y PEINADOS



Paseo Sallarés, 67

Teléfono 2005

S A B A D E L L

INDUSTRIAS
GRÁFICAS

"EL SIGLO XX"

Francisco Cusó



Roger, 69 y 71
Teléfono 23 38 45
BARCELONA

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA DEVOCION A SV SAGRADO CORAZON

La Consagración de «Schola Cordis Iesu» al Inmaculado Corazón de María, Medianera de todas las gracias

A dos amigos inolvidables en recuerdo de una conversación que, tal vez, no haya resultado inútil.

Hace de ello muy pocas semanas. Llenaban el ambiente las resonancias de la clausura solemne del Año Santo en Fátima, con el sensacional discurso del Cardenal Tedeschini. Sobre un cúmulo de sentimientos encontrados, una imagen se sobrepone a todo: la Virgen, haciendo sentir en Roma mismo su acción vigilante sobre el Papa y la Iglesia.

Unos amigos de CRISTIANDAD se encuentran reunidos esta noche con dos interlocutores de excepción. El primero de ellos es una mujer, pero con igual propiedad le habríamos podido presentar —las palabras fuertes no nos arredran— como un aventurero!

CRISTIANDAD pudo contar de nuevo, a raíz de esta charla, con una colaboración que todas las redacciones católicas del mundo solicitan en este momento. Apóstol de la devoción de María, biógrafo de los Santos canonizados en este Año Jubilar, en opúsculos de un estilo directo, rápido, libre de las «traiciones» de toda «traducción», ya que para ella la mayoría de las lenguas cultas —¡el catalán incluido!— no tienen secretos...

Habrán adivinado ustedes, sin duda alguna, que nos referimos a Marysia Winowska. El segundo interlocutor es un predicador francés. Ha hecho uso —y abuso— de su faringe en innúmeras pláticas emotivas, llenas de sencillez y de unción. En justa represalia, su médico le ha impuesto una «cura de silencio». Cree todavía en un legendario «sol de España». Su rostro está curtido por el aire transparente y frío que envuelve —a casi dos mil metros de altura— el monasterio alpino de La Salette, del que en este momento es Superior. Lleva en el cinto la insignia de su Orden: un crucifijo con las tenazas y el martillo como lo llevaba la Virgen en el pecho.

¿Tema? No podía haber, en realidad, más que uno, en ese momento; cuando una misma preocupación nos embarga por la suerte del mundo, cuando una particular intervención de María en la marcha de los acontecimientos se muestra con tal abundancia y claridad, que bien se ha podido llamar a nuestros tiempos «la hora de la Virgen». Y el P. Laurent nos habla.

—«Voyez-Vous?» (El religioso va salpicando con esta interjección su discurso, mientras la expresión de los ojos y del gesto subrayan la importancia de una idea.) En diferentes lugares, por distintos medios, en las más variadas ocasiones, la Virgen no cesa de llamar a los hombres a la conversión, para detener el brazo justiciero de su Divino Hijo, «que está ya demasiado ofendido». Y noten ustedes: un extraordinario sincronismo enlaza los hechos que se producen en este triple campo: marcha de la Revolución; intervenciones sobrenaturales de la Santísima Virgen, con apariciones y mensajes; finalmente, actuación de la Iglesia, con los ojos sobrenaturalmente puestos en María.»

Nuestra mirada se hace interrogativa. El P. Laurent responde, de modo igualmente tácito, fijando sus ojos en nosotros, como quien pretende concentrar nuestra atención y la suya propia:

—«Los tiempos modernos —prosigue— se originan en aquella catástrofe histórica que se conoce con el nombre de Revolución Francesa. La «declaración de los derechos del hombre», elaborada para ser opuesta a los «derechos de Dios», ha sido su obra cumbre. Ciertamente, dicho acontecimiento venía preparado por antecedentes históricos; no es menos cierto, sin embargo, que cuanto sigue a la fecha de 1789 lleva un sello de unidad, y a partir de entonces se consuma la apostasía de los pueblos cristianos.

Pues bien; ni uno solo de los momentos cruciales que jalonan

el avance de este proceso ha dejado de tener, en contrapartida, una intervención extraordinaria de María.

En 1830, cuando se produce la primera de las conmociones que sacuden el suelo europeo en el siglo XIX, y la acción de las sociedades secretas...

Nuestro pensamiento —y nuestras exclamaciones— se anticipan: —... elevan en Francia a la casa de Orleans; cuando viene el triunfo de la burguesía, y las monarquías legitimistas presencian en su impotencia la subida de gobiernos liberales...»

—«Precisamente entonces —«Voyez-Vous?»— la Virgen se aparece a Catalina Labouré, que Pío XII acaba de elevar a los altares. La devoción a la Medalla Milagrosa lleva a todas partes un pre-nuncio de Lourdes y de la definición dogmática de la Inmaculada, junto con la confianza en la mediación de María.»

—«Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que acudimos a Vos». Todos, en casa llevamos la medalla. En España está muy difundida aún. Recuerdo que el P. Ramière habla del gran número de conversiones que se han obrado por este medio, cuando apoya en María sus esperanzas en un triunfo del Reino de Cristo y de su Iglesia en el mundo.»

Toda nuestra pequeña asamblea está ya en plena tensión. El religioso, paladeando tal vez el efecto que va a producir en nosotros, deja caer, simplemente, una fecha:

—«1848...»

Supuesto el clima logrado, no es extraño que las imágenes se agolpen en nuestra mente. No es ya la revolución liberal, sino la primera revolución socialista. Crisis en las principales cortes europeas; intrigas inglesas; publicación, por Marx y Engels, del «manifiesto del partido comunista»...

¡Era demasiado! Como un reto, casi, pronuncia alguien viva-mente:

—Y en 1848, ¿QUÉ?

Marisia Winowska es quien interviene ahora. El interrogador se siente avergonzado, cuando ella dice con una mirada significativa:

—No en 1848, pero sí dos años antes, en 1846, la aparición de La Salette.»

Lourdes será el próximo nombre. La Virgen viene a confirmar la definición dogmática de su Inmaculada Concepción, desafiando el espíritu positivista del siglo con algo nunca visto: una auténtica «oficina de hacer milagros», a los ojos de un mundo que se niega a aceptar este testimonio.

Pero no conocíamos a Pont Main. Es decir, conocíamos esta población por la cantidad de correspondencia firmada allí nada menos que por Bismark en persona; lo que no sabíamos es que una nueva aparición de la Virgen había detenido el avance prusiano, al tiempo que lo presentaba como el primero de los castigos que amenazaban a Francia, de no rendirse al llamado de Dios. En el cielo, sobre el tejado de una casa, los niños del pueblo ven como una leyenda se va inscribiendo, sílaba por sílaba, a los pies de nuestra Señora: «Me pri-er, mes en-fants...» Un jefe, dicen, del ejército prusiano recibía de Ella al mismo tiempo la orden de que se detuviese la ofensiva...

Uno de nosotros se había abstraído de la marcha general de la conversación; hojeaba un volumen de CRISTIANDAD y exclamó de pronto:

Termina en la página 484

“PREHISTORIA” DE «CRISTIANDAD»

Por indicaciones que para mí tienen fuerza de mandato, y en circunstancia para mí inolvidable —la de la santa muerte de mi padre, un padre de virtudes excepcionales—, voy a dar a conocer a nuestros lectores, mejor que la gestación, los orígenes remotos de esta nuestra Revista, lo que fué primero su germen, lo que constituyó luego su “prehistoria”; y precisamente voy a hacerlo, significativamente, en este número en que, unidos a la Iglesia, conmemoramos pentecostés, la Fiesta del Espíritu Santo.

Es desde 1924 que, hijos de la Congregación Mariana de Barcelona —la Congregación de la Inmaculada y San Luis Gonzaga, a la que tributamos nuestro homenaje—, comenzamos a reunirnos. Pero fué en 1932 cuando nuestro grupo empezó a tomar personalidad, por más que, como muy bien dice nuestro compañero “Fraxinius Excelsior”, en aquella época “éramos muy jóvenes”.

Muchos libros, mucha dirección, pocos miembros, y menos medios aún. En cambio, muchas zozobras, derivadas de la incertidumbre de la situación. No pocos cambios de domicilio —libros a cuestras— acompañaban nuestra vida social, auténtica tertulia, tal como merece entenderse esta palabra, bien que tertulia un tanto bohemía a veces: con no pocos aprietos —y no escaso ingenio— para atener los implacables recibos del casero y de la luz eléctrica. Y ya llevábamos muchos meses de labor cuando nos apercebimos de que ni nombre habíamos atinado en tomar. Ello motivó una tertulia más, nada parlamentaria, sin embargo. Surgieron denominaciones, mas todas parecían demasiado pretenciosas. Alguien, por fin, sugirió la más exacta, por lo corta y humilde: “Schola”.

“Schola”. Fué una escuela, y escuela de verdad. Y hasta hubo quien nos tomó en serio. Es decir, tomó en serio nuestra buena voluntad, que sí era auténtica. Lo demás, poco contaba. Y se nos honró sobremedera, puesto que, con el fin de alentarnos, varias veces la Jerarquía más directa y más cara se dignó descender hasta nosotros: si es que puede llamarse descender el subir los muchos escalones que exigía el acceso a alguno de nuestros sucesivos locales sociales.

Un día, que no fué el único, recibimos la visita de un Padre. Algunos de los que nos hallábamos en aquel instante en nuestro local, no adivinamos de quien se trataba. ¡Venían, y no pocos, tan a menudo! Ni menos podíamos pensar que aquel Padre había de ser, al cabo de bien pocos años, compañero de tres ilustres mártires. Pero sí nos llamó la atención su bondad, su interés. Seguidamente le fuimos presentados. Era el Padre Provincial de la Compañía de Jesús en Aragón.

Lo turbado de los tiempos, y las circunstancias excepcionales de su ministerio, que debían lógicamente ocupar el tiempo de modo abrumador, no le impidieron repetir sus visitas, que truncó —a la par que nuestra vida social— la tragedia de 1936.

Durante la misma tuve ocasión de hablar, en circunstancias bien extraordinarias, de nuestra “Schola”, con otra Jerarquía más alta: con el Pastor de nuestra Diócesis, con el Obispo Mártir, doctor Irurita. Conocía nuestro grupo, y me manifestó altísimamente la complacencia que le causaba nuestra buena voluntad. Y ratificó y avaló —si procede la palabra— la dirección que nos guiaba y a la que obedecíamos. Los momentos parecían dar especial solemnidad, como de testamento; a sus palabras: “*Sígantela* —me insistió— *sin titubeos. Cuarto ella les mande*

y recomiende hacer, es el Obispo de Barcelona quien lo manda y recomienda”.

Pasaron los meses, y, dispersos, a cada uno de nosotros deparó camino la Providencia. El mío me llevó a buen puerto, y, si es verdad que todos los caminos llevan a Roma, el mío pasó también por la Ciudad Eterna, mientras en nuestra ciudad quedaba, oculta y latente, pero bajo la protección de Dios, aquella “Schola” tan querida.

No la había olvidado un visitante veneradísimo suyo, a quien, de paso por la capital del Orbe Católico, fuí a pedir la bendición. El Padre General de la Compañía de Jesús, el P. Wladimiro Ledochowski de quien osamos decir que falleció en olor de santidad, no había olvidado los coloquios —algunos de ellos en audiencia especial y privada— que con nosotros, cuando “Schola” estaba en germen, pero ya con conciencia de su misión, en 1929, se había dignado tener en ocasión de su visita a Barcelona. Y me otorgó aquella bendición, amplia y paternal, para todos, con sus votos para que pronto desaparecieran las tremendas circunstancias que nos tenían dispersos, y pudiésemos otra vez reunirnos en nuestro humilde local social, con nuestro Director y nuestros libros. Era el 26 de abril de 1937. Al salir de la Residencia del Borgo St. Spirito, en la serenidad de la tarde de primavera romana, se recortaba sobre el azul del cielo, más que nunca llena de majestad, la cúpula de San Pedro.

Mi camino me llevó —repito— a buen puerto, y, fuera de peligros, pude proceder a publicar un libro que tiempo ha tenía en preparación, y cuyo original se salvó contra toda esperanza. El libro, en sí, importa poco. Pero me atreví a pedir un prólogo a aquel mismo Padre Provincial que con tanto cariño nos visitara, y con quien las peripecias de la revolución —bajo el manto de la Providencia— me habían unido con vínculo extraordinario. A mí y, en especial, a mi citado padre don Manuel, dormido hace pocos días en la paz del Señor.

Pronto me llegó el prólogo, escrito en San Remo, que se refiere, más que al libro, al ambiente que en realidad lo incubó, a aquella “Schola”, donde el Padre Provincial hallara, al lado de tan cortas cualidades, un humilde “*amor a la verdad católica*” y un “*deseo sincero de adquirir criterio rectamente católico para resolver, según él, los problemas de hoy*”. Y este prólogo constituye la mejor y más autorizada historia de “Schola”, quizá un poco exagerada por la bondad y por el cariño del buen Padre. Siguiendo siempre aquellas indicaciones de que he hablado al principio, voy a reproducirlo:

“Mi amigo queridísimo, Luis Creus Vidal, me ruega tenga la amabilidad de escribir unas líneas, a modo de prólogo, para su obra. Lo hago con muchísimo gusto. El lector conocerá por qué.

“Nos hallábamos en Barcelona el mes de julio de 1936. Vivíamos aquellos días, en verdad nuevos, de comienzos de la revolución sindicalista en aquella capital. Veíamos con nuestros propios ojos cómo afiliados a la C. N. T. y a la F. A. I. se lanzaban con todo su furor contra lo que ellos juzgaban causa de todos sus males, la Iglesia, sus templos, sus miembros todos, en especial sacerdotes y religiosos, a los que asesinaban sólo por serlo. “Os mataremos, porque sois sacerdotes —decían—. No ha de quedar ni uno.” Caíamos heridos por sus balas y únicamente por especial providencia del Señor nos librábamos de muerte segura... Esta visión enardeció nuestro celo apostólico de

cooperadores con Jesucristo en el ministerio de salvar almas todas, con preferencia las más necesitadas; avivó en nuestros corazones aquel sentimiento del Corazón divino, que se dió todo, sin reservarse la propia vida temporal, para arrancar de la muerte aquellos queridos suyos, "ovejas sin pastor", "turba" que conmovía las entrañas de su corazón misericordiosísimo.

"¿Qué hacer por estas almas?, nos preguntábamos. ¿Qué hemos de corregir, modificar, introducir en nuestra vida, en nuestros medios de acción, en nuestro apostolado, para que sea eficaz, para que penetre en esos hombres que nos matan como a enemigos mortales, cuando en verdad no buscamos sino su bien de ellos, su mayor bien de ellos, su vida verdadera y abundante, la que Jesucristo les mereció, no huyendo de la muerte, sino entregándose a ella con la mayor generosidad?... Así discurríamos en aquellos días, haciendo examen de conciencia de nuestra actuación pasada, en una clínica de Barcelona, convalecientes aún de las heridas causadas por las balas sindicalistas, sin saber dónde hallar un pobre refugio, cuando la providencia amorosísima de Dios nuestro Señor nos deparó casa y familia, que me acogieron como a hijo suyo, arrojando con ello los peligros que pudieran sobrevenir, en verdad inminentes y muy graves. El Señor, con protección muy singular, nos preservó de todos.

"Un mes, de recuerdos imborrables, gocé de aquella vida profundamente vivificada por la caridad del Corazón divino. Allí pude continuar mi examen de conciencia, comenzado en la clínica: ¿Qué hacer por aquellos obreros, por aquel pueblo, por aquella "turba" tan disociada del corazón del sacerdote, que tanto la amaba, que había consagrado la vida toda a salvarla? Ya no era yo solo el que me hacía esta pregunta: eran los de la familia toda. Aquel venerable anciano, don Manuel, modelo de prudencia y caridad cristiana; la hija política, de corazón de apóstol; el hijo, en especial, que, aunque consagrado al cumplimiento de los deberes de esposo y de padre, robaba el tiempo al reposo aun necesario al cuerpo, para estudiar, para escribir, movido solamente por el deseo de ayudar a la reconstrucción de una sociedad a la que, con profunda pena de apóstol, contemplaba apartada de Jesucristo.

"—Padre —me dijo un día—, le agradeceré a usted tenga la bondad de leer este libro y me diga luego qué le parece de él. Está escrito con el fin de cooperar a esa labor social cristiana de que hablamos. Bien poco vale: un esfuerzo de buena voluntad, fruto de mis estudios privados, que no los he dejado, dirigido por el Padre que usted conoce, y amaestrado por la experiencia personal de mi vida de ingeniero.

"Me entregaba el original de la obra, que presento al lector. Quiero notar que se había escrito bien antes de la revolución.

"La leí con verdadero interés, consuelo y provecho. Pero si gocé recorriendo sus páginas, no menos disfruté conociendo la historia interna de ella, es decir, de su elaboración. El lector me permitirá se la descubra, ya que su conocimiento no poco sirve para apreciar más y más su valor.

"¿Cuál es la historia interna del libro?... Volviendo por unos momentos la vista atrás, podríamos asegurar que a la España católica no la destrozó propiamente el pueblo sindicalista. ¡Pobre pueblo! Desde mucho tiempo se estaba fraguando la ruina de la patria en los cerebros de unos cuantos, que se dieron a sí mismos el calificativo de "intelectuales". Estos tales se formaron, en primer término, es decir, se deformaron, a sí propios, desecristianizando sus inteligencias; luego se esforzaron por desecristianizar las de los demás. "Hay que acabar con toda la civilización cristiana", repetían en privado y en público. Por modo astuto se apoderaron de gran parte de la enseñanza oficial, hicieron la revolución desde los libros y desde las cátedras.

"No pocos jóvenes católicos contemplaban con honda pena los daños causados por los enemigos: ponderaron su táctica. No contentos con examinar y lamentarse, determinaron prepararse también, hacer por el triunfo de la verdad y del bien lo que los adversarios hacían por el de la falsedad y del mal. Este ideal asoció a no pocos jóvenes, a algunos de ellos en la capital de Barcelona.

"Sobremañera prácticos, se contentaron al principio con lo necesario: Director sacerdote, es decir, maestro y maestro excelente; libros, muy escogidos libros; espíritu sobrenatural, que vivificara y vigorizara todo. Modestia. Su nombre no podía serlo más: expresión del deseo de aprender y formarse.

"Algunas veces visité su local. Muy sencillo: cuatro salas; dos para libros, muy buenos, de historia, filosofía, teología; sala de sectas, es decir, de cuanto podía servirles para conocer al enemigo; sala de reunión. Allí trabajaban, oían al maestro, le preguntaban, le presentaban sus dudas, proponían sus planes, fijos siempre sus ojos en el porvenir, que esperaban y para el que se preparaban. Su Director se lo predecía con seguridad y claridad admirables.

"Se observaba en ellos, ante todo y sobre todo, amor a la verdad católica, deseo sincero de adquirir criterio netamente católico para resolver según él los problemas de hoy. Vida sobrenatural con la práctica de la caridad para con Dios y para con el prójimo y con la sumisión más completa a la Iglesia de Jesucristo. Trabajo asiduo para adquirir competencia en lo religioso, cultural, social, económico. No se contentaban con manuales, pues deploraban la confusión reinante en nociones las más elementales sobre moral y derecho, en las que se apoyan las relaciones de los hombres y de los pueblos.

"Fruto de aquella labor callada y escondida es el presente libro. Su doctrina será muy útil a todos, pero lo será aún más el ejemplo de aquel reducido grupo de jóvenes. La formación social, sobre todo, de los que quieren trabajar seriamente, ha de ser su primer término doctrinal, base sólida, cuerpo de doctrina compacto, estudiado a la luz de la filosofía cristiana. Esta preparación conservará las inteligencias alejadas de influjos sentimentalistas perniciosos; sugerirá, al exponer la doctrina, palabras que sean expresión fiel de la concepción justa de las cosas; soslayará problemas resbaladizos y partidistas; mantendrá siempre vigorosos los grandes principios religiosos, sin desviarse nunca del camino de la verdad y del bien.

"Perdóneme, mi queridísimo amigo, autor de este libro, haya hecho pública su labor silenciosa, casi oculta. El móvil no ha sido, ciertamente, personal ni privado, sino muy elevado y universal: señalar, sin pretensión alguna, a nuestros jóvenes apóstoles de la nueva España, un ejemplo de no difícil realización y de eficaz resultado" (1).

José M. Murall, S. I."

•Diciembre 1937. (Villa Santa Croce - San Remo.)•

* * *

Pasada la tormenta, reuniéronse otra vez —bajo la misma dirección, salvada providencialmente también— los dispersos miembros. Faltaban dos en los que se habían cifrado las mayores esperanzas. Mas decir que faltaban no es cristiano, que han seguido asistiendo a estas nuestras reuniones, que tan queridas les eran, desde el Cielo; mas esta vez no para aprender, sino para acompañarnos.

"Schola" ha crecido. En todo, hasta en el nombre. Pero la extensión de su nombre corresponde a otro contenido mejor, a otro contenido infinito. Ahora es "Schola Cordis Iesu". Ahora aspira a ser escuela donde sus discípulos aprendan del amor de Jesucristo, que es Dios, y que, al mismo tiempo, es el hombre de mayor corazón de la Historia, de esta Historia que durante tantos años ha sido

(1) Del libro, «Paganismo y Cristianismo en la economía». - Ed. Antisectarias Burgos, 1938.

tema preferente de sus tertulias. "Schola" cree en este amor.

Fruto de esta creencia es CRISTIANDAD. Mas esta Revista, que tiene a "Schola" por su germen, no debe ser exclusiva de ella. Se debe a la Congregación Mariana, que considera como madre. Se debe, como indica su nombre, a la Cristiandad toda, particularmente a nuestra Patria, tan

cristiana, y si en esta semilla tienen su parte los sembradores, también necesita del concurso de todos los demás agentes que, vivificados por el sol de la Providencia, pueden hacerla crecer y fructificar.

Luis Creus Vidal.

Del núm. 5 de CRISTIANDAD. Año 1944.

MAS "PREHISTORIA" DE «CRISTIANDAD»

En el núm. 5, junio 1944, la obediencia me forzó a dar a conocer a nuestros lectores los orígenes y la gestación de esta Revista: hija de aquella "Schola", ahora "Schola Cordis Iesu", hija del Apostolado de la Oración.

Hoy me obliga otra vez a extenderme sobre el mismo tema. Afortunadamente para mí, la tarea es mucho más fácil, por cuanto girará en torno de dos figuras, muy queridas de nosotros; compañeros modélicos, de los que dije en aquel anterior artículo, que "eran aquellos en quienes se habían cifrado mayores esperanzas". Compañeros que después de habernos servido un día de guía y de ejemplo —; cuánto les debemos en nuestras actividades!!— desde el cielo hoy nos asisten contemplando el desarrollo de la semilla que sembraron.

Eran éstos, dos caballeros cristianos: José Oriol Anguera de Sojo y José M.^a Planas Corbella.

«Schola» una «peña» de partidarios de Jesucristo

Aquella antigua "Schola" —que nuestros lectores ya conocen por nuestro anterior artículo— podía, ciertamente, causar extrañeza a quienes por primera vez la observaran. ¿Cómo, en épocas de lucha cual era la de aquellos años de 1930 a 1936, unos, entonces, "jóvenes", dedicaban tantas y tan largas horas al estudio? Ciertamente que la "intelectualidad" de "Schola" —modesta, desde luego— no constituía una de aquellas peñas eternamente encerradas en la torre de marfil de un orgullo solitario y de cuyo tipo todos hemos conocido ejemplos, sobre todo en aquellos tiempos. ¿Cuál era, por tanto, el verdadero espíritu, el verdadero motor de aquella actuación de "Schola", tan íntima, tan modesta? ¿Cómo trasladarla a nuestros lectores?

El azar nos trae un fragmento de Santa Teresa del Niño Jesús (fragmento epistolar, confidencia a su Madre Marie de Gonzague) que acaso nos ayuda a explicar un poco aquel espíritu:

"...ce qu'elle estime, ce qu'elle désire uniquement c'est de faire plaisir à Jésus... elle le sait, elle l'a compris, le bon Dieu n'a besoin de personne, encore moins d'elle que des autres, pour faire du bien sur la terre" (*Hist. d'une âme*, cap. IX).

"Le bon Dieu n'a besoin de personne." Es ésta una grande y fundamental realidad, no por esto a menudo menos olvidada. ¿No existe también a veces, dentro del apostolado seglar, una como vanidad, una solicitud excesiva que se apoya en una excesiva valoración de nuestras propias fuerzas? No es el apóstol quien favorece a Dios sirviéndole; es Él quien le hace favor, dignándose aceptarlo en su santo servicio.

La conciencia de esta realidad estaba dentro del espíritu fundamental de aquella "Schola" que tan dignamente personificaban e inspiraban aquellos dos modélicos compañeros cuyo recuerdo honramos y cuya huella seguimos.

Y este espíritu explica y justifica sus actos. Expliquémonos mejor.

Hay pocos entusiasmos —sería impropio, quizá, llegar a decir amores— que por lo menos merezcan, justificadamente, la calificación de tan puros y desinteresados como lo son los que estallan ante las grandes manifestaciones deportivas. El partidario, el afiliado, *sufre*, auténticamente, en algún modo, durante las incidencias del partido. Ciertamente que si en un momento de emoción, para conseguir la victoria de su club, se le pidiese un esfuerzo, un sacrificio, *aun a condición de que éste permaneciese ignorado y no correspondido*, lo haría gustoso. ¿No se han llegado a presenciar muertes repentinas en espectadores enfermos? Y cosa análoga podríamos decir de no pocas lides políticas.

Este entusiasmo ligero y superficial —a menudo hijo, incluso, del capricho— que casi ni los honores de elevado sentimiento merece, es, sin embargo, por lo puro y desinteresado, a su manera, un adecuado símil de aquello que Dios busca y desea hallar en el fondo de nuestros corazones, y que, en toda su pureza, encuentra, por desgracia, pocas veces. Es aquello que hace olvidarnos, por completo, de nosotros mismos, ante la magnitud del ideal. Quizá es lo que en el Evangelio se llama "pobreza de espíritu".

Sabiendo que en nuestras pobres humanas fuerzas no podemos llegar a más, en el campo del apostolado, a menudo el buen Dios se contenta con hallarnos auténticos y entusiastas "partidarios" suyos. Y prefiere, sin duda, al pobre y modesto partidario suyo que no sabe más que amar y sufrir, que a otro que, gozando de fama y de actos de apostolado activo e incluso eficaz, mezcla la búsqueda de su Dios con su satisfacción propia, siquiera sea inconscientemente y siquiera sea tal satisfacción completamente ideal. Y es razón de ello lo que nos dice San Juan de la Cruz: que el más pequeño movimiento de amor puro, le es a Él infinitamente más útil que todas las obras reunidas. Y dice "útil". ¿Qué será la "utilidad" para Dios?

Una modestísima peña de "partidarios" del Corazón de Jesús en su tremenda lucha secular contra el poderoso Príncipe de este Mundo, es lo que intentaba ser la "Schola". Anguera, cuando se refería al tiempo del fundamental ataque del Averno contra la Iglesia: la época del Renacimiento, alcanzó a ser auténtico "partidario" de Cristo, que nos mostraba las vicisitudes sufridas por las Grey del divino Capitán. Lo mismo diremos de Planas con sus exposiciones científicas y filosóficas. Una peña de "partidarios". De modestos seglares —padres de familia a menudo—, cuyas obligaciones diarias apartaban de apostolados más extensos y más activos, y que no podían, por tanto, pretender otro papel que el ínfimo, aquel a quien todo el mundo puede llegar: el de espectador. Y, como tales, "vivían" las incidencias de la lid, sufriendo o gozando según las alternativas, no pudiendo hacer otra cosa

—oteando la visión, a la luz de la Teología de la Historia, en el espacio y en el tiempo, del colosal combate que en el mundo se libra— que seguir las peripecias de la divina Contienda, y, unidos a la Iglesia en espíritu, sentir con Ella las penas y las alegrías, deplorar los desengaños que la afligen, pero, también, compartir sus supremas e inefables Esperanzas.

Muy poca cosa era ésta, humanamente hablando. Ciertamente y gracias a Dios, en una u otra forma, existen millares de “peñas” de “partidarios” de Cristo en el Mundo. La nuestra, por tanto, no fué más que una de ellas. Mérito nuestro, por tanto, ninguno. Mas si a los reyes de la tierra no prestan servicio los “ojalateros” (1), el Rey del Cielo, sin embargo, los acoge con benignidad, y aún, en su bondad sin límites, los busca. Y se digna descender hasta ellos, y consolarlos con la promesa del futuro y definitivo triunfo de su divina estrategia: “...Mas tened confianza, que Yo he vencido al Mundo”. — Joh. XVI, 33.

No dice aquí “venceré”. Le ha “vencido” ya, porque para Él no cuenta el tiempo. Y eco de esta Primera Promesa es la segunda, la contenida en la Revelación privada de Paray-le-Monial: “Reinaré a pesar de mis enemigos”.

Este fué el único ideal al que se atrevía a acercarse “Schola”. Constituir un grupo más de “partidarios” del Corazón Divino. De admiradores de Jesucristo, el Hombre, el Jefe más alto de todos los tiempos —¡hoy que las multitudes, más que nunca necesitan un Jefe!—, porque al mismo tiempo que Hombre, es Dios. Admiradores suyos que anhelaban su triunfo, que con verdadera ansiedad presenciaban la gran Lucha, sabiendo, sin embargo, que en ella no podían desempeñar gran papel, lo cual, sin embargo, no les preocupaba, porque sabían bien que el Espíritu de Dios, que hizo brotar en las inmensidades mundos y soles, sabría suscitar en todo tiempo los hombres necesarios —la parte humana— para el definitivo triunfo de la Causa de Cristo, que ha convertido esta pobre Tierra en campo donde se juega una partida divina de tal envergadura que, para ganarla, el mismo Unigénito de Dios descendió para habitar entre nosotros y tomar parte divina en ella.

«Peña» y centro de estudio

No obstante esto, aquella absoluta conciencia de su modestia no fué, gracias a Dios, y en gran parte al esfuerzo y al empeño de los dos grandes compañeros cuya memoria honramos, jamás motivo ni tentación hacia un cómodo “dolce farniente” intelectual.

Santa Teresa del Niño Jesús nos da otra vez la pauta: “Que mystère! Jésus, n'est-il pas tout puissant? Les créatures ne sont-elles pas à celui que les a créés? Pourquoi s'abaisse-t-il à dire: «Demandez au Maître de la moisson d'envoyer des ouvriers»? Ah! c'est qu'il a pour nous un amour si incompréhensible, si délicat, qu'il ne veut rien faire sans nous y associer...” (Carta XII, 15 ag. 1892).

En cierto modo, y en distinto sentido —puesto que la Santa se refiere allí directamente a la vida y al apostolado de plegaria— osaríamos a aplicar estas frases a “Schola”, personificada siempre en sus dos modélicos miembros. La conciencia de su modestia no fué ocasión para olvidar este amor delicado de nuestro Dios que en cierto modo quiere asociarnos a su divina empresa, cualquiera sea nuestro estado. Hacerse digno de ello, era el objetivo principal de “Schola”. La primera finalidad, la más importante de todas: formarse. *Formarse* en el estudio científico de nuestra santa Religión, conocer sus doctrinas en todos los campos, singularmente en el político y en el social. Aprender a amar a la Iglesia, gracias a conocerla mejor.

Que para amar a nuestra Madre, lo mejor —ello basta— es conocerla: por esto la Historia —escenario de la actuación de la divina Sociedad que Cristo fundara— formaba parte favorita de las materias científicas de aquella “peña”.

Formar seglares conscientes. formar hijos enamorados de su Madre la Iglesia. Primera finalidad. Segunda: que esta formación pudiera, en su día, irradiar en el círculo modestísimo y limitado de su vida civil. Formando así apóstoles, no por lo modestos, menos sólidos y profundos, los cuales, siquiera en la propia familia o en la corta esfera de sus actividades profesionales, por la profundidad de sus convicciones, fuesen dignos, de alguna manera, de ser “asociados” por Dios, en su divina delicadeza en la tarea de hacer bien a la Sociedad y contribuir, siquiera ínfimamente, si no a extender por lo menos a “acreditar” (séanos excusado el atrevimiento de emplear esta frase) su futuro Reino. ¡Tanto puede el ejemplo, el prestigio! Si los verdaderos cristianos supiesen rodearse del prestigio de su virtud, ¡cuánto más eficaz sería este prestigio que todas las propagandas! ¡Es que, en gran parte, el secreto de la propagación milagrosa de la Iglesia en los primeros tiempos, no residió en el prestigio que rodeaba a los cristianos?

Frutos de «Schola»: José-Oriol Anguera de Sojo

Dos de sus miembros, en su corta, pero gloriosa y admirable vida, consiguieron plenamente este ideal, sirviendo de modelo a sus compañeros.

Y si algo justifica y asegura a estos sus compañeros la legitimidad del camino escogido, es el amor de ambos hacia aquella “Schola”, objeto de su predilección. Y su vida demuestra que ésta no era, como hemos asegurado, una torre de marfil solitaria, sino que en ella se trabajaba, con el ideal de formación, al servicio de Dios y de la Sociedad.

Corta e impetuosa la vida heroica de José-Oriol Anguera de Sojo y Dodero, lo demuestra plenamente. Herido un número inverosímil de veces, a causa de su arrojo legendario, nos imaginamos verle, en plena Guerra de Liberación, en el Frente de Levante. El estudioso Letrado, consagrado a la Historia y a la Metafísica, llevaba en su saco el Misal Romano, una gramática árabe (en el noble afán de acercarse mejor a sus tropas, y de aprovechar tal circunstancia para conocer esta lengua de la que hubiera sacado tanto provecho), y, por fin, algo inverosímil en un teniente y en aquel frente montuoso turulense-valenciano: una “Summa” de Santo Tomás, hallada en las ruinas de un Convento liberado... En sus ocios militares reproducía, ante un auditorio improvisado, las conferencias —adecuadas, naturalmente, al lugar— que le conocíamos. Un eco propio de su querida “Schola”...

En ella, como hemos apuntado antes, Anguera había tomado a menudo la palabra. El joven jurista, autor ya de un estudio sobre las Instituciones jurídicas pre-Romanas en el antiguo Condado de Ausona, sentía pasión por la Historia, no simplemente la erudita —como fué un ejemplo este su primer fruto— sino por otra clase de Historia, mucho más profunda y mucho más luminosa también.

Era la Historia triste y atormentada del Mundo, la de Europa especialmente, la que nos describía —fijándose, por ello mismo, con especial preferencia, en la época renacentista, inicio de la Apostasía— pagando pesado tributo a sus profundos errores y ofreciendo, con sus guerras, con sus plagas, el espectáculo miserable del rebaño que se empeña en huir de su Pastor.

Y sus antiguas conferencias tienen hoy el valor inmenso de haber sido confirmadas con la enorme y sincera consecuencia de su vida heroica. Sus convicciones expre-

(1) Conocida es la anécdota ochocentista de don Carlos, dirigiéndose a sus cortesanos, durante la Guerra civil española: «Ustedes no saben decir otra cosa que «ojalá... ojalá... parecen ustedes ojalateros»...



José-Oriol Anguera de Sojo

sadas primero en palabra, fueron rubricadas después, dando así plena responsabilidad a su pensamiento, al pie de Peña Juliana, frente a la contra-ofensiva enemiga.

Pero, no obstante su heroísmo, hay algo en Anguera superior a todo esto. Su conducta lo denuncia: Ibrahim, su asistente moro, aún se admira de que "cuando teniente estar solo" pasase las cuentas del Rosario. Y más lo denuncian aún su correspondencia y sus notas. No es juvenil impetuosidad bélica. Es consecuencia. Consecuencia en quien a través de sus estudios había llegado al conocimiento íntimo, que equivale al amor, de la persona de Jesucristo.

Para Anguera el estudio era oración. La filosofía le servía de peana para llegar a verdades superiores y admirables, y la Historia para ponderar las vías de la Providencia y llenarse de esperanzas, sabiendo que la domina el más gigantesco de los hombres: Jesucristo, que también es Dios.

El le vería inclinarse, por encima de los siglos —"miserereor super turbam"— en ademán de misericordiosa majestad. Y es que ante su divina Figura se detiene el cansancio de la Historia. Ella la preside y la recoge, para conducirla. De sus siglos, ha escogido los últimos para mostrar, como remedio supremo, lo más íntimo de su adorable Persona, el Corazón. El mayor Corazón de todos los tiempos, que lo mismo consolaba a la pobre viuda huérfana de hijo, como expulsaba gallardamente a los mercaderes del Templo. Un Dios. Un Dios que tiene Corazón y nos lo muestra. ¡Qué enorme solución ésta, para nuestras épocas, sedientas del hombre, del conductor, del jefe, que nuestra impotencia precisa, que nuestra indigencia reclama! ¡Qué enorme solución hallar al Hombre! ¡Qué enorme solución, puesto que también es hallar a Dios!

Anguera no alcanzó a ver a su "Schola" convertida significativamente en "Schola Cordis Iesu" con audacia. Pero se nos antoja que bajo la noche agosteña, estrellada —miriadas de Mundos que se mueven bajo la voluntad y el designio del Creador— en que entregó a su Capitán divino su alma pura, debía ya divisar su triunfo, prometido a los que, como él, son sus auténticos partidarios. Debía ya, inefablemente, ver cómo aquel Corazón que le

acogía, había de llegar a ser un día, incluso físicamente, el Centro del Universo divinizado, definitivo Templo del que todos, por la divina misericordia, debemos ser piedras y aureola. Porque el Cielo y la Tierra pasarán, mas no sus palabras. Jesucristo, Padre del futuro siglo, dueño de todos los siglos que los astros inscriben en su carrera, debía adelantarse a recibir benignamente al que le había buscado, y una vez hallado, le amaba con la sinceridad que su sacrificio rubrica.

José María Planas Corbella

Otra Vida, también corta y modélica. Figura con trazos tal vez no tan vigorosos como la anterior, pero, quizá, más íntima, si cabe, dentro del carácter de la vieja "Schola".

Doctor en Ciencias, discípulo del gran Sereri en Roma, se separó, físicamente hablando, de nosotros, en 1935: por Oposición había llegado a ser Catedrático, en la Universidad de Zaragoza, el más joven de toda España.

Su asombrosa capacidad en ciencias exactas le dió un prestigio extraordinario. En 1936 le vemos en Göteborg, representando a nuestra Patria. Mas el prestigio de su inteligencia corría parejas con el que rodeaba a su persona: se presagiaba en él al futuro sabio cristiano. Como tal era ya considerado doquier.

Sus ausencias eran compensadas por su correspondencia. Desde todas partes nos escribía: siempre, alejado de nosotros, nos recordaba.

Porque Planas personificaba, en cierto modo, el elemento científico máximo de nuestro grupo. En una ocasión, nuestro Director, excusaba, bondadosamente, nuestra inacción: "Os falta Planas", nos decía.

Era una vida que prometía poderosamente. Era una inteligencia que hubiera glorificado a Dios; que, con su prestigio, hubiera traído otras hacia Él.

El permitió su sacrificio. Y le pidió un sacrificio tal, del que solamente pueden ser capaces las almas de su temple.

Hemos abusado ya en este pobre escrito del recurso al auxilio de los de Santa Teresa del Niño Jesús. Ella nos perdone si de nuevo acudimos, en demanda de inspiración, para poder exponer felizmente ideas dignas de tales objetos, a su fuente. ¿No es ella quien nos dice que "Dios a menudo se contenta con nuestro deseo de trabajar para su gloria"? ¿No es ésta la razón que explica el porqué de un sacrificio tan duro, el sacrificio de una vida que parecía tan cara a la Religión y a la Patria que cuenta con tan pocos hombres así?

En su carta VII, a dos Misioneros, la Santa Habla. ¿Será excesivo atrevimiento recordar este fragmento en este lugar, y ante la memoria de nuestro amigo?

"... Le Père Mazel, qui fut ordonné prêtre le même jour que vous ne savait pas parler non plus; cependant, il a déjà cueilli la palme... Oh! que les pensées divines sont au dessus des nôtres!... En apprenant que ce jeune missionnaire était mort, avant même d'avoir foulé le sol de sa mission, je me suis sentie portée à l'invoquer; il me semblait le voir au Ciel dans le glorieux chœur des martyrs. Sans doute aux yeux des hommes, il ne mérite pas le titre de martyr; mais, au regard du bon Dieu, ce sacrifice sans gloire n'est pas moins fécond que ceux des confesseurs de la foi."

Sacrificio sin gloria. Mas también ha habido quien se ha sentido llamado a invocarle. Nos lo decía, de otro, uno de sus compañeros de Zaragoza: "...Va a menudo a Almudévar a la tumba de Planas a rezar". Los pensamientos divinos están, realmente, muy por encima de los humanos.

De «Schola»
a «Schola Cordis Iesu» - «Cristiandad»

José-Oriol Anguera de Sojo y José María Planas personifican los tiempos "prehistóricos" de nuestra querida "Schola", la cual tan pobre ya de sí en miembros y en medios, vió perder, por designio providencial, a sus dos mejores. Quizá con ello Dios ha querido patentizarnos que no necesita de nadie para hacer el bien sobre la tierra, y, a la vez, demostrarnos que únicamente son eficaces los medios sobrenaturales: indudablemente, la protección de nuestros amigos y compañeros desde el Cielo se ha patentizado, también, clara y eficaz: mucho mayor que la que nos hubieran prestado, aun contando con sus dotes tan relevantes, en la tierra.

Lección es ésta que nos toca recoger. Espíritu éste que debe informar a CRISTIANDAD en su modesta misión de apostolado. En su misión de modesto soldado —uno de tantos— que tiene, empero, el altísimo honor de participar en el Combate supremo: el combate para el Reino de Dios.

Disponiendo como dispone Él de todas las armas, siendo omnipotente, parece haberse esmerado por así decir, en hacer dejación de todas ellas, que se ha apresurado a recoger el Príncipe de este Mundo. Se repite —nos atreveríamos a decir— el admirable reto divino que nos relata, en su Primer Capítulo, el Libro de Job. Cínicamente, Satán confía que si Dios hace dejación en su mano de todas las armas materiales, vencerá sobre la criatura humana. Mas Dios tiene bastante con la humildad y la paciencia, que el Príncipe de este Mundo no concibe puedan resistir el triple y brutal ataque de la concupiscencia de la carne, de los ojos y de la soberbia de la vida de que nos habla San Juan. Dios quiere demostrar al Maldito que aquellas virtudes que él, el Mundo y la Carne no cotizan, son suficientes, en lucha desigual, para batirle vergonzosamente.

Guerra épica la que nuestro divino Capitán conduce, y, humana, materialmente hablando, desigual. Las huestes imponentes del Averno, terriblemente armadas, no pueden concebir cómo nuestro pobre barro, materialmente desarmado, sea capaz de resistirle. En su soberbia, la convicción de su propio cinismo, no cree en la eficacia del sobrenatural auxilio de Dios a esta pobre arcilla.

* * *

En su cuadro social, esta lucha constituye el motivo de la Historia. Ésta es escenario "de la grande obra a cuyo éxito Dios subordina todos los acontecimientos humanos: el triunfo de la Iglesia", como dice el Padre Ramière. Mas esta lucha atraviesa momentos verdaderamente críticos: y esta realidad constituye un estado de conciencia vivido por "Schola" y que no puede menos que informar a CRISTIANDAD.

No es esto un pesimismo: que las huestes del Infierno intensifican los ataques contra la Esposa de Cristo, en forma más violenta que nunca, no lo decimos nosotros. Lo dicen, unánimemente, todos los últimos Pontífices, que, gloriosamente, en medio de grandes peligros, van sucediéndose en nuestros tiempos. Y tampoco es pesimismo el que temamos inminentes y espantosísimos peligros, si, por



José María Planas Corbella

otro lado, sabemos de antemano que, pese a todas las catástrofes probables, la victoria definitiva, siquiera lejana, será nuestra.

Hemos hablado del Padre Ramière: su espíritu, el espíritu de sus obras: "La Soberanía Social de Jesucristo", "Las Esperanzas de la Iglesia", es el que informó a "Schola" en sus primeros tiempos. Su espíritu sigue informando a "Schola Cordis Iesu", hija del Apostolado de la Oración, donde ha aprendido el inefable objeto de la epopeya divina, que solamente podía concebir el infinito Corazón de un Dios: la incomprensible y anonadora divinización del cristiano.

Su espíritu debe informar, por tanto, igualmente, a CRISTIANDAD. Una revista. En el Ejército de Dios, una revista es un soldado más. Su misión natural, la de vigía. Es el soldado vigía, que otea los horizontes, que por lo mismo está en disposición de informar, de animar mejor a sus compañeros, anunciándoles el curso de la batalla, señalándoles los auxilios que, en la lejanía, se advierten ya, y que forzosamente han de llegar.

Ante el empuje enemigo, nuestra vocación es ésta, coadyuvando así a vigorizar las fuerzas de resistencia con la función a que nuestro oficio de vigía nos califica: reafirmar nuestra esperanza.

Y, pese a la lóbreguez del momento, y al proceloso océano preñado de tempestades, que se abre ante la Barca de Pedro, la visión de la Historia a la luz de las Promesas de Dios nos da seguro derecho a esta esperanza.

Comunicarla a todos es la vocación que "Schola Cordis Iesu", inspirada seguramente por sus dos mejores miembros, siente. Ella es la razón de ser de CRISTIANDAD.

Luis Creus Vidal

Del núm. 21 de CRISTIANDAD. Año 1945.

TRIUNFO Y LLANTO DE CRISTO

Sugerencias evangélicas ante el Congreso Eucarístico de Barcelona

Pocas páginas como ésta de San Lucas nos ofrecen un contraste más vivo entre los destellos divinos de Cristo Rey Mesianico, y sus afectos humanos, humanísimos, que brotan del corazón al exterior, a través de sus palabras y sus lágrimas. Tan humana resulta esta página, que no faltaron timoratos en otro tiempo (como refiere San Epifanio) que la trataran de omitir, no fuera a escandalizar a alguno como impropia del carácter heroico del Redentor Divino. Afortunadamente, tenemos aún en el relato inspirado de San Lucas éste y otros rasgos delicadísimos, recogidos por el Evangelista médico y psicólogo y conservados religiosamente por la Iglesia en la semblanza de Jesucristo.

Los lectores de CRISTIANDAD leyeron ya en otro número reflexiones autorizadas sobre este pasaje, transcritas con cariño por pluma femenina (1). Hoy queremos insistir en su explicación, desde el punto de vista circunstancial del próximo triunfo de Jesucristo Sacramentado, a la luz de los principios fundamentales de nuestro programa.

La oportunidad de revivir estas escenas en su mismo ambiente jerosolimitano, no dudo habrá de añadir su pincelada de color, tan del gusto del hombre moderno (2).

Si quisiéramos plasmar estas ideas, a modo de cartel del Congreso, podíamos trazar un tríptico a todo color, con las escenas del 1) triunfo de Jesús el día de Ramos y de su 2) llanto ante la ciudad a uno y otro lado, y en el centro, como imagen sintética de las dos escenas evangélicas, 3) una vista de la ciudad cosmopolita desde las alturas del Tibidabo.

I. Triunfo de Cristo Rey-Mesías

Es éste uno de los pocos pasajes referidos por los cuatro evangelistas, aunque cada uno lo enfoca desde su punto de vista respectivo. El relato de San Lucas, en su concisión, concreta algunos pormenores llenos de vida, aunque sin aludir a los vaticinios, como San Mateo y San Juan.

Todos coinciden en señalar la fecha y el sitio de la escena: al principio de la semana de la Pascua, y al llegar a la cumbre del Monte de los Olivos. Era el día en que se solía escoger el cordero que había de sacrificar cada familia y se llevaba a casa alegremente, hasta el día mismo de la cena ritual judía. Era el primer día de la semana, correspondiente hoy a nuestro Domingo.

Al dorar el sol de aquel día, desde las montañas de Moab, las casas de Betania sobre el Olivete, Jesús salió con los suyos de casa de Lázaro, para dirigirse sin temor en medio del peligro inminente. Era el tránsito heroico de la intimidad del amor al torbellino del odio.

Al llegar cerca de Betfagé (aldea contigua a Betania), interrumpe Jesús su diálogo habitual con una orden inesperada, probablemente a Pedro y Juan, como otras veces: *"Id a aquel caserío de enfrente (les dijo señalando con la mano) y encontraréis en el patio un pollino atado*

do con su madre, no montado aún por nadie. Soltadlo y traedlo acá. Si acaso alguno os pregunta la razón, la diréis que el Señor lo necesita" (3).

Todo sucedió como decía Jesús. Traído el pollino (tal vez junto con la asna para evitar resistencia), lo aderezaron del mejor modo con sus mantos de colores y le ayudaron a montar encima. En dos palabras añade San Lucas la transformación psicológica obrada en aquel momento: arrebatados de emoción y respeto, comienzan a alfombrar el camino con sus propios mantos y (como añaden los otros evangelistas) cortan ramas de los árboles cercanos, y las agitan en sus manos al aire en señal de aclamación y regocijo. En el momento exacto en que el camino da un rodeo y permite contemplar por vez primera la ciudad, nota San Lucas la explosión incontenible de júbilo de los discípulos que contagia irresistible a la multitud de peregrinos que salen al encuentro. Muchos de ellos eran testigos de los prodigios obrados por Jesús, máxime la reciente resurrección de Lázaro (tal vez presente junto a Jesús), como observa San Juan. A despecho del odio que cargaba la atmósfera de la ciudad, a la vista misma de aquellos dirigentes que habían condenado a muerte a Jesús, y aun al mismo Lázaro por Él, basta su presencia en medio de las turbas para electrizarlas de entusiasmo, superior al de los mejores días de Galilea.

"¡Bendito sea este Rey que nos viene en nombre del Señor! ¡Paz en el cielo y gloria en las alturas!" (4).

Era el cumplimiento de lo anunciado siglos antes por Zacarías: el Mesías vendría a su ciudad en actitud de rey bueno y pacífico, no como conquistador violento a punta de lanza.

Y aquí brota cual cardo la envidia de aquellos jefes, que no admiten las credenciales pacíficas de Cristo, y darán ocasión con su crimen al triunfo de otro dominador, que destruya y arrase todo, como fuego vindicador de parte del cielo. No hay fuerza humana que acalle las aclamaciones despertadas por Cristo. Y aun cuando aquellas voces cesen o se transformen en gritos del Viernes Santo..., ¡las mismas piedras levantarán su voz a través de los siglos...!

Así, cual triunfador único en la historia, sobre las olas del entusiasmo delirante de los unos y la espuma impotente del odio de los otros, avanza Cristo hasta el Templo, como a su propia casa, con majestad irresistible de Hijo de David y destellos sobrehumanos de Hijo Dios.

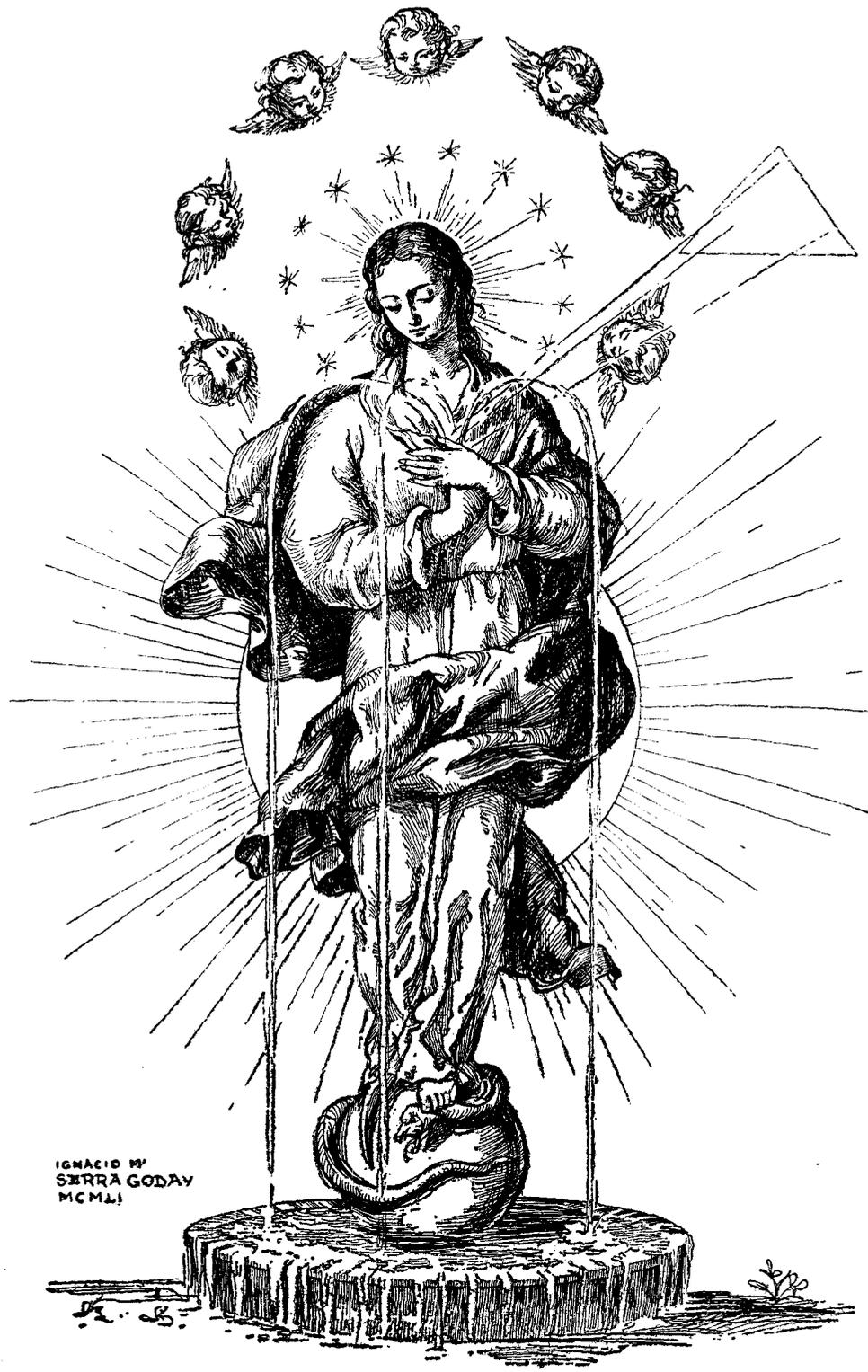
Este triunfo clamoroso, premeditado, arrancado como a la fuerza en las circunstancias más adversas del complot asesino, es un hecho único en la vida humildísima de Jesús; enigma indescifrable si no es a la luz de las profecías. En las circunstancias favorables de hace un año, en plena efervescencia popular de los galileos cuando el milagro de los panes, Jesús se resiste a ser proclamado rey, aún contra la decepción prevista de las turbas y el escándalo de algunos de los íntimos. De entonces

(1) "Semana Santa", de María Asunción López, CRISTIANDAD, número 1, p. 2.

(2) Después de celebrar la Santa Misa en la Basílica de Getsemani, emprendí mi subida hacia el monte de los Olivos, cuando empezaba el sol a remontar la cumbre, con su luz deslumbradora propia de oriente. Pude reconstruir perfectamente la impresión que causaría entonces contemplar la ciudad, a esta misma luz, desde este mismo recodo del antiguo camino. La diafanidad peculiar del aire, aproxima el panorama de enfrente (entonces con el templo en primer plano), que parece tocarse con la mano. Ningún sitio mejor para resumir toda la historia de esta ciudad ingrata y ciega.

(3) Lc., 19, 28-32. Se explica muy bien sobre el terreno, a lo largo de este camino de Betania a Betfagé, la expectación de los discípulos y los demás pormenores de este pasaje. Al cruzarse uno con estos grupos de hombres y niños, montados en sus diminutas cabalgaduras enjaezadas chillonamente, no puede contenerse la emoción de creerse transportado a aquella mañana. Grupos de niños árabes, pobrísimos, pero sonrientes y simpáticos, asaltan al peregrino para guiarle y pedirle una limosna.

(4) Lc., 19, 37-40. El texto de San Lucas hace mención expresa del título regio del mismo Cristo a quien se aclama, en vez del término abstracto usado por San Mateo, San Marcos y San Juan. Es muy probable que ambas versiones reproduzcan diversas expresiones de las repetidas por la turba y por los niños aquella mañana. Con razón hacen notar los comentaristas el paralelo de esta aclamación triunfal con el canto de los ángeles sobre el pesebre de Belén, treinta y tres años antes.



IGNACIO W
SERRA GODAY
MCMLI

MATER DIVINÆ GRATIÆ

acá su popularidad ha ido en declive, hacia un completo fracaso. Y precisamente ahora, en vísperas del triunfo ruidoso de sus émulos, es cuando busca Cristo este homenaje regio, apoteótico, que habría de exacerbar la envidia de los dirigentes y acentuar por contraste el escándalo del pueblo... Además de realizar así, en forma manifiesta, las profecías hechas acerca de su carácter regio, y de hacer resaltar sobre este fondo espléndido de gloria las sombras sangrientas del cercano Calvario, quiso, sin duda, Cristo presentar de modo intuitivo un aspecto propio de la futura historia de su Iglesia, heredera de sus títulos y prerrogativas. Como entonces Cristo, también la Iglesia, o mejor, Él en Ella, debe tener sus días de triunfo, entre las aclamaciones entusiastas de los fieles y la indiferencia y el odio de los enemigos, herederos seculares de aquellos de entonces. Lejos de contradecirse, se completan y explican recíprocamente, la fe y el amor de unos y la rabia frenética de otros; los gritos de "Hosanna" del Domingo y el "Crucifige" del Viernes Santo; título de Rey, sobre la Cruz del Mesías Redentor; las manifestaciones públicas de religiosidad de nuestros días, con la apostasía vergonzosa de individuos y naciones.

II. Llanto de Cristo en pleno triunfo

Debemos a San Lucas este relato, revelador como pocos de la intimidad psicológica de Cristo de los momentos de su triunfo: "En el punto preciso de dar vista a la ciudad desde el camino, lloró sobre ella..." (v. 41-44).

Podemos precisar casi con certeza el sitio exacto de este llanto de Jesús, tan lleno de sentido, y contemplar ahora con Él la ciudad a nuestros pies, supliendo lo que hoy falta y borrando mentalmente las diferencias.

Acaba de decirnos el mismo San Lucas al empezar este relato, que fué "cuando se acercaban al descenso del camino". Tres caminos llevaban de Betania a Jerusalén, pero sólo uno, el más ancho y transitado, capaz de contener la multitud de aquella mañana, debió ser el seguido por Jesús y los suyos. Baja ésta suavemente desde la cumbre, bordeando la altura, entre la falda del Olivete y el monte del Escándalo. En el punto mismo en que se inicia la bajada hacia la vertiente occidental, se descubre

de repente la ciudad, enfrente, a poca distancia en línea recta. Aquí empezó a desbordarse el entusiasmo de los acompañantes, y pocos pasos más adelante, mientras la ciudad se iba mostrando cada vez con más atractivo, al reverbero del sol que iba subiendo, nota San Lucas que comenzó Jesús a llorar sobre ella, en contraste con el júbilo despertado en los acompañantes. Su mirada profética de Hombre-Dios le descubría perspectivas históricas a cuarenta años de distancia. Entonces contemplaría la ciudad, desde aquel mismo recodo, el jefe del ejército romano, ejecutor inconsciente del castigo merecido. Muchos de aquellos que ahora rodean a Jesús, sucumbirán terriblemente en el asedio y tal vez expirarán clavados en los mismos troncos de olivos y palmeras, cuyos brotes agitan ahora alegremente... Su Corazón delicadísimo, conmovido por este cuadro de sangre y fuego, le hace prorrumpir en llanto copioso, que corta sus palabras, dejándolas a veces incompletas por el exceso del afecto reprimado:

"¡Oh, si pudieses conocer también tú (como Yo lo veo ahora) por lo menos en este tu día, lo que te podría acarrear tu verdadera paz...! (De manera muy distinta me recibirías). Pero por ahora está todavía oculto para tus ojos... Porque ciertamente vendrán sobre ti días aciagos; y te asediarán tus enemigos con trinchera y empalizada, y te rodearán apretando el cerco cada vez más por todas partes. Y te derribarán por tierra a ti y a tus hijos, hasta no dejar en tu recinto piedra sobre piedra. En castigo de no haber querido conocer el día saludable de tu visita..." (5).

No se trata aquí sólo de un gemido o de unas lágrimas silenciosas, como nota San Juan ante el sepulcro de Lázaro; Jesús llora con sollozos perceptibles, que le impiden hablar seguidamente y dan a sus palabras el acento inconfundible de una emoción intensa, desbordada. La misma frase cortada, cuajada de partículas, con notable repetición del pronombre de segunda persona hasta quince

(5) Lc., 19, 41-44. Estas palabras proféticas debieron quedar profundamente grabadas en el ánimo de los discípulos que las oyeron (sobre todo Pedro, Santiago y Juan que, como siempre, eran los más allegados y fueron los que le preguntaron al volver aquella tarde por el mismo sitio), y sirven de introducción a la llamada "apocalipsis sinóptica". Cf. cap. 21, 5-10 y Mc. 13, 1-8.



veces, revela la intensidad de afecto en el Corazón de Jesucristo (6).

Al contemplar ahora desde este mirador del Olivete el mismo panorama que se ofrecía a la vista de Jesús, con el espacio del antiguo Templo en primer plano, la mezcla de terrazas, minaretes y campanarios, y las cúpulas que cobijan el Calvario y el Santo Sepulcro, hay que esforzar la imaginación para reconstruir aquel espléndido escenario. Desde esta misma altura contempló la ciudad el año 70 la décima Legión Romana, y a poca distancia del Calvario instaló uno de sus campamentos Tito, que había de realizar a la letra el vaticinio de Jesús, entrando a sangre y fuego en el Templo y en la ciudad a mediados de agosto y reservando millares de supervivientes para rubricar con su sangre el triunfo imperial del vencedor en Roma (7).

III. «La Eucaristía y la Paz»

Es la paz don precioso y personal de Cristo, rasgo peculiar suyo, pronunciado por los profetas, cantado por los ángeles sobre su cuna y confirmado por sus palabras.

Siempre se ha mirado como expresión de paz comer a la misma mesa y de un mismo manjar. Figura y realidad de esta paz es la Eucaristía, mesa común de hermanos, sin distinción de clases y razas, Pan soberano que encierra al mismo Cristo y nos une con Él y con los demás en abrazo estrechísimo. Estaba reservado a nuestra época, de divisiones egoístas y fratricidas el espectáculo admirable de grandes masas, variadísimas en todo, pero identificadas por una fe y unidas por la Comunión de un mismo Pan divino.

La proximidad de uno de estos acontecimientos extraordinarios, el Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona, reclama una preparación seria de nuestra parte, si no queremos contentarnos puerilmente con el esplendor espectacular de los actos finales al estilo moderno. El lema de la Paz señalado certeramente como principal objetivo del Congreso, evoca ante nosotros las escenas evangélicas antes explicadas. Hay una multitud de rasgos semejantes que no es posible silenciar en esta circunstancia, sobre todo por el contraste.

Solemnidades externas.— Sería incurrir en la incompreensión farisaica (o en el escándalo de Judas en Betania), y merecer la misma réplica del Maestro, dar muestras de extrañeza por la magnificencia y suntuosidad del programa. ¡Se lo merece Jesucristo, Rey divino, y lo necesita el hombre moderno, para caer en la cuenta de su realeza y rendirle el homenaje público que le es debido! No sin causa citaba Pío XI estos Congresos como preludios de la fiesta litúrgica de Cristo Rey, como ésta lo es del triunfo tan deseado del Rey divino sobre la tierra.

En los actos del Congreso de Budapest, durante los días sangrientos de la España roja, la Iglesia española envió como fe de vida la ofrenda del vino eucarístico, sím-

(6) A alguna distancia de este recodo del camino se encuentra actualmente la capillita conmemorativa, con el nombre de "Dominus Flevit", procedente del siglo XIV, como si Jesús hubiera bajado por una de las sendas atajo que vienen desde la altura. Más bien hemos de suponer con el palestinólogo P. Andrés Fernández que fué por el otro más ancho, que rodea el monte, junto al actual convento de Benedictinas.

Nuestro laureado pintor Simonet, en su visita a Tierra Santa, tomó notas realistas del paisaje para su gran lienzo del Museo de Arte Moderno "Flevit super illam", pero se fija más bien la escena de la tarde, para aprovechar el efecto maravilloso de las tonalidades del crepúsculo.

Acercar de la topografía de estos lugares, puede verse muy bien en la "Vida de Ntro. Señor", del citado P. Fernández, págs. 424-429.

(7) Entre las ruinas antiguas de la Ciudad Eterna, levanta su voz, como testigo de piedra, el célebre Arco de Tito, cuyos relieves e inscripciones nos recuerdan la razón de aquellas lágrimas de Cristo sobre su pueblo.

Es impresionante evocar en este mismo sitio la terrible realidad de esta profecía de Cristo. Entonces como hoy, aquí se encuentra el punto estratégico para la toma de la Ciudad. El actual ambiente como de sitio, con la zona judía al otro lado de los muros que encierran el Calvario y Santo Sepulcro, dan un matiz impresionante a toda esta profecía tan literalmente cumplida.



bolo de la sangre derramada aquí por miles de mártires. Dentro de unos meses se darán cita en España millares de creyentes del mundo entero, excepto aquellas regiones donde la furia de la persecución se ceba en hostias vivas. Barcelona, con su atractivo de gran urbe moderna, prestará sus plazas y parques, como atalayas del Rey Sacramentado, que posará su vista bondadosa sobre las dolencias de un mundo envejecido y enfermo. Nunca como ahora debe ser el Sacramento del Amor el antídoto de una humanidad intoxicada por el odio. Recuérdense los frutos eucarísticos de orden social enucleados por León XIII y resumidos luego por Pío XI:

“La Eucaristía, misterio de unidad y caridad, es la que, mejor que ningún otro medio, puede contribuir a la reconciliación de los hombres. Por eso vemos con gozo cómo se multiplican las manifestaciones públicas de veneración hacia el Santísimo Sacramento, tradicionales ya hace tiempo en los países católicos” (8).

Iris de paz en ambiente de guerra

Darnos por satisfechos de antemano con rendir estos honores debidos a Cristo Rey en el marco solemne y extraordinario del Congreso, aunque se presenten realizados con una participación oficial, tal vez única en los estados modernos; contentarnos con exhibir ufanos a los ojos extraños los tesoros incomparables de la España eucarística y la piedad espontánea y clamorosa característica de nuestro pueblo; sería desconocer puerilmente la gravedad y transcendencia del momento presente y malograr culpablemente la eficacia divina de la Eucaristía para la paz del mundo.

Hoy como ayer, desde los espléndidos miradores del Montjuich o el Tibidabo, como entonces desde la falda del Olivete, Jesús vislumbra con mirada más que profética, a través de la Hostia blanca, como entonces a través de sus lágrimas, una masa humana cosmopolita, abigarrada, que lo aclama como Rey pacífico, como Mesías; pero también distingue, como fondo y perspectiva del cuadro, más inminente y fatídico que entonces, de proporciones gigantescas y nunca vistas, el espectro de la impiedad y de

(8) Encíclica "Mirae Charitatis", 28 mayo 1902, de aplicación actual completa. Discurso de Pío XI el 20 de diciembre de 1923.

la guerra (9). Podemos percibir un eco de sus advertencias y sollozos a través de las palabras de su Vicario, Pío XII. Como a raíz del Congreso Eucarístico de Lourdes en 1914 se levantó la voz del santo Papa Pío X para impedir la Guerra Europea, ha resonado sin cesar la del Papa actual para prevenir otras nuevas, buscando en Cristo la verdadera paz que no puede dar jamás la fuerza ni el dinero.

Ante el horizonte mundial en cerrazón cada vez más condensada, puede ser providencial este Congreso para hacernos escuchar respetuosos las frases aquellas de San Lucas, brotadas de las fibras más sensibles del Corazón misericordioso de Cristo:

“¡Oh, si conocieses tú, pobre humanidad, al menos tú, España, las condiciones únicas de una paz verdadera y estable!... ¡Cómo te aprovecharías de esta tregua providencial, de estas circunstancias únicas del Congreso, antes que sea tarde! Pero desgraciadamente, el porvenir amenazador que yo contemplo parece oculto a muchos ojos, cegados por la impiedad o la indiferencia... Éste es tu

(9). Dos pintores modernos (Flandrin y Desvalieres), han querido actualizar este llanto profético sobre una ciudad de nuestros días (París, desde la Basílica del Sagrado Corazón, en Montmartre...). Con mayor razón aún podríamos imaginar la repetición de esta escena en el próximo Congreso Eucarístico, en esta atmósfera cargada de amenazas y temores de guerras atómicas.

día, deparado para ti por mi providencia... No descuides el único camino de tu paz ni malogres el día de mi visita para sanarte...”

Los lectores y amigos de CRISTIANDAD sabrán reconocer mejor que nadie la equivalencia de estas frases con lo que es como su programa, repetido y desarrollado durante largos años. Sin pesimismo ni optimismo exagerados, sabemos apreciar la gravedad del diagnóstico, a la luz del Vaticano; pero sabemos también reconocer la raíz de la dolencia en el olvido de Cristo y su remedio único en su Reinado, por el medio providencial del Corazón Divino.

¡Ojalá que las conclusiones prácticas del próximo Congreso broten de la convicción plena de estas premisas y sean decisivas para arraigar la **“Paz de Cristo en el Reino de Cristo”**! (10).

José Caballero, S. J.
Promotor del Apostolado de la Oración en Madrid

(10) Es impresionante la insistencia de Cristo en la idea del “paz”, antítesis de la guerra que pronostica sobre aquella ciudad. “*Visión de Paz*”, según el hebreo.

Los lemas de Pío XI y Pío XII parecen ser un eco de aquellos deseos de Cristo.

Con razón ha tomado CRISTIANDAD como programa de todas sus actividades (de aplicación preciosa en el próximo Congreso), “al Reino de Cristo por medio de la devoción a su Sagrado Corazón”.

Viene de la página 473

—*¡Ahí está! Ya me parecía recordar que no era esta la primera vez que oía explicar esta sorprendente cadena de fechas. Mirad el artículo de Dom Raymond —¿sabéis?, el de «Tres monjes rebeldes»— en el artículo suyo, que tradujimos: «Los monjes viven en tiendas»:*

Y lee del cisterciense americano:

«... en 1846, en los Alpes franceses, pueblecito de La Salette, lloró la Virgen, mientras llamaba a la penitencia y a la oración. En 1858, la niña Bernardita Soubirous oyó a la «hermosa Señora» que le pedía también oración y penitencia. En 1870, la misma «hermosa Señora» blasonó el cielo sobre Pont Main con estas palabras: «Donec, priez, mes enfants»...

En 1917 se ha aparecido varias veces en Fátima, de Portugal, para pedir que se ore y haga penitencia.»

Gravemente, M. W. extrae el último significado del hecho:

«... Cuando, facturado por los alemanes, Lenin atraviesa en un tren blindado la frontera de Rusia.

Desde entonces, todos tenemos ante los ojos lo que ha sobrevenido.»

* * *

Quedaba por declarar explícitamente la reacción de la Iglesia, conducida por los Romanos Pontífices. Para cada manifestación de María, Ella quiere proporcionar un triunfo a María. Quiere responder con sus confiadas invocaciones a las manifestaciones que, entre sonrisas, lágrimas, advertencias y reproches le hace su afligido y maternal corazón. Parece que los Romanos Pontífices se esfuerzan a cual más en recurrir a María: Pío IX, el del dogma de la Inmaculada, escoge deliberadamente la fecha del 8 de diciembre para los actos más trascendentales de su pontificado; León XIII prodiga sus encíclicas, octubre tras octubre, sobre el Rosario; Pío X, Benedicto XV...

M. W. vuelve a intervenir:

—Pero tal vez la historia coloque al Papa Pío XII entre los más grandes Papas marianos. Diríase que la Virgen vincula la persona del Papa con fechas señaladísimas: 1899, año de la Consagración del género humano por León XIII el Sagrado Corazón de Jesús, ve su ordenación sacerdotal; 1917, el año mismo de Fátima, su elevación al episcopado. A él le cumplirá realizar la consagración del Mundo al Inmaculado y Maternal Corazón de María. Señala Fátima para la clusura del Año Santo universal... y por otra parte, la mayoría de Santos canonizados por él en el curso de este mismo Año Santo, ¡son tan devotos de la Virgen! Luis María Grignon de Montfort; Catalina Labouré; Antonio María Claret... ¡Estamos en «la hora de María», en efecto!

Se detiene un breve instante, como quien reflexiona, y, de pronto:

—¡Permítanme una sugerencia! Su revista profesa, sobre todo, la devoción al Corazón de Jesús, como medio providencial para que sea un día una espléndida realidad su Reinado de amor en todo el mundo. Mas —no les sepa mal mi observación, ya saben que hablamos entre nosotros con entera libertad de espíritu— ¿por qué no recurren más explícitamente a la advocación de María? Como el P. Kolbe. Deben hacer entrar ustedes la Virgen en todas sus cosas. Ustedes me han hablado de dificultades, de problemas, incluso de incomprendiones en algunos sectores, por lo demás excelentes; pues bien: ¿quieren ustedes vencerlos? ¡Que intervenga la Virgen María! Deben ustedes meterla en toda su obra, comprometerla en toda su obra! ¡Jesús quiere triunfar por María! Invóquenla en todo, hablen de Ella más a menudo, de Ella que, al decir del Cardenal Neumann, es «defensa de muchas verdades, gracia y luz risueña de toda devoción». Si así lo hacen, yo les garantizo que vencerán todos los obstáculos que se levanten ante su obra de apostolado.

La Consagración de «Schola Cordis Iesu»

La idea no nos dejó sosegar. ¿Habrá en las palabras pronunciadas por Marysia Winowska una indicación providencial? ¿Nos habríamos mostrado deficientemente devotos de nuestra Madre, o no habríamos acertado a comunicar a la revista nuestra devoción? Y por otra parte ¡la idea era tan dentro el espíritu del Apostolado y de nuestro P. Ramière!

Recurrimos a quien pudiese resolver nuestra inquietud. Y con ello se formó el plan de consagrar «Schola» al Corazón de María.

* * *

Hace cuatro años que su imagen, en una excelente copia de la obra de un pintor mejicano del siglo XVII, preside nuestra capilla. El lienzo simboliza el Corazón de María recibiendo los estuivos de Gracia que proceden de la Santísima Trinidad y desde su Corazón Maternal los derrama sobre la Iglesia, quien los vierte a su vez sobre la tierra, haciendo germinar en ella las virtudes de María: el lirio, símbolo de la pureza y la rosa de la caridad.

Ante esta imagen, Schola Cordis Iesu, con todas sus obras, ha hecho su Consagración al Inmaculado Corazón de María, Madre de Cristo Jesús y del Cristo Místico, Mater Divinae Gratiae. Y esta Consagración es, al mismo tiempo, un llamamiento. Porque, he ahí que CRISTIANDAD ha nacido de Schola Cordis Iesu y de ella recibe su vida. Si los miembros de Schola quieren dar eficacia a su Consagración y que ésta no sea una mera fórmula, deben recordar que están comprometidos en una empresa que Dios y la Virgen han puesto en sus manos: difundir infatigablemente el ideal del Reino de Cristo por la devoción a los divinos Corazones. Y esto por medio de CRISTIANDAD.

J. B.—T. L.



Al publicar el presente artículo, primero que nos envía el nuevo grupo de colaboradores de Valencia, CRISTIANDAD se congratula por su incorporación a estas páginas, y de un modo especial por darse en esta coincidencia de nuestra Consagración al Corazón Inmaculado de María, Medianera de todas las gracias. Y confía en el nacimiento, al calor de la Congregación Mariana de aquella ciudad y bajo la maternal mirada de Nuestra Señora, de una nueva «Schola Cordis Jesu», desde la cual pueda trabajarse con eficacia por el Reino de Cristo.

VENTANA A FRANCIA

Repaso de realidades y problemas

Durante doce días, al calor de una convivencia verdaderamente fraterna, escuchamos de labios de un grupo de universitarios franceses una versión completa de los problemas, de las realidades de su patria.

Intentar resumir en breves líneas esta labor, es difícil. Más aún, y este es nuestro propósito, conseguir plasmar de un modo completamente imparcial y objetivo el pensamiento francés, sin que sea modificado por el contacto con nuestros prejuicios anteriores.

Se nos habló extensamente sobre todos los aspectos: político, social, económico, religioso ideológico, literario. Nos han dado una versión de Francia, que si en nuestro caso carece de la experiencia directamente vivida, es el reflejo de lo que sobre su patria piensan los franceses.

Separaremos para su mejor comprensión en diversos apartados, cada uno de estos puntos.

Política francesa. Culto a la democracia

Políticamente, Francia es una democracia que se unifica por la unión de los partidos.

Diecinueve de los veinticinco millones de electores franceses (sobre una población total de cuarenta y dos), se dividen en varios partidos políticos. Comunistas (que afilian cinco millones), socialistas, partidarios del general De Gaulle, derechistas, independientes, etc.

De los seis millones restantes de electores, unos no conceden importancia a la política, otros repudian el sistema actual en favor de otra forma de gobierno que dé solución a los problemas nacionales,

solución que no esperan de la vieja democracia.

La inmediata consecuencia a que ha llevado este profesar la democracia por sí misma (veremos luego otras causas) ha sido una gran crisis del concepto de Patria. En este servir consignas de partido en este profesar dogmas particulares se difumina el concepto de servicio común tras unos ideales fundamentales, hacia una misma misión en la historia y en el mundo.

Se ha entablado un duelo entre el «yo» y el «nosotros». Y ha triunfado el modesto hombre de la calle, que consciente de su poderío, hace y deshace Ministerios, esgrimiendo ese moderno cetro de realeza que es la papeleta electoral.

Lo social y lo económico

La legislación social francesa, que tiene su fuente de origen en la revolución de 1789, carece por completo de preocupaciones religiosas. Se basa solamente en razones humanitarias.

Pretende conceder al individuo la mayor cantidad de derechos posible. Los trabajadores están agrupados en los Sindicatos, que tienen dos finalidades: la unión y la defensa de sus afiliados. El obrero es libre para pertenecer al Sindicato o para darse de baja. Teóricamente están desprovistos de carácter político. La principal arma sindical es la huelga, lícita y permitida como señal de protesta frente a problemas económicos, casos de inhumanidad, o simplemente por solidaridad o por causas políticas como ocurre con las de carácter comunista.

Por otra parte, las leyes sociales francesas protegen al obrero, me-

dante fijación de salario mínimo, horario máximo de trabajo (cuarenta horas semanales), seguros de vejez de accidentes de trabajo, de orfandad, pensiones, beneficios a familias numerosas, etc.

En conjunto el nivel de vida del obrero francés no es absolutamente malo. Actualmente se pide para él mayor salario y mayor poder adquisitivo de la moneda. Para solucionar este problema se creó entre ambos una escala móvil que produjo la inflación. Se ha intentado con mejores resultados establecer escala móvil entre salarios y productividad del obrero.

En conjunto, se ha dado preponderancia a lo social sobre lo económico. Otra vez al «yo» frente al «nosotros». Con graves perjuicios para la economía nacional, que tiene planteados serios problemas, especialmente la falta de materias primas: carbón, electricidad, acero, caucho y petróleo. De todas estas sustancias, Francia produce insuficiente cantidad para cubrir sus gastos. Debe recurrir por tanto a la importación. Las varias grandes crisis económicas que ha sufrido en los últimos años, la de 1945 y la actual de 1951, se produjeron cuando las naciones exportadoras, Alemania, Inglaterra, Italia, Suiza, Estados Unidos, interrumpieron por cualquier causa sus envíos.

Otros problemas económicos, son la difícil coordinación de la agricultura y la industria, el lento progreso económico y sobre todo el múltiple financiero, del que la falta de economía de ahorros, de fondos para invertir en la industria, la estabilización del oro, y la gran cantidad de rentas del Estado son los principales puntos a resolver.

Todas estas dificultades han llevado a Francia a orientarse al extranjero en busca de ayuda, intentando la integración de los diversos países europeos en una unidad de tipo económico, con una mayor internegociación desprovista de trabas.

Aspecto ideológico Catástrofe psicológica de la postguerra europea

Las directrices ideológicas del actual momento francés, están profundamente dominadas por las tristes consecuencias de los últimos trastornos bélicos que asolaron la humanidad.

En efecto, en las dos últimas guerras mundiales, hay características comunes que las agrupan bajo un mismo denominador. En primer lugar, su gran poder destructivo.

vo, luego esa relegación del hombre como elemento activo a segundo plano. Ya no triunfa el brazo más fuerte o el corazón más esforzado. El hombre ha sido desplazado por la máquina. El triunfo es del que posee mayor número de instrumentos mortíferos dotados de más grande poder destructivo.

Estas dos guerras dejaron una triste estela, que ha alcanzado todos los planos. Ha habido una pérdida de valores en todos los aspectos.

En lo religioso ha producido una descristianización en masa, seguida de una relajación completa de las costumbres.

En lo político, se ha perdido la fe en la seguridad que pueda ofrecer un estado, una sociedad, que se ha empeñado en dos guerras en el espacio de cincuenta años. Frente a esta crisis de la patria se ha alzado un feroz individualismo que mira la política con un indiferente encogimiento de hombros.

El hombre de la post-guerra es un hombre minimizado, que ha perdido la fe en sí mismo. Y en esto no hay vencedores ni vencidos.

Como consecuencia de toda esta catástrofe anímica, ha surgido un sentimiento de desconfianza, de inestabilidad. Un malestar difuso impregna el alma del hombre. Este ha hecho examen de conciencia y su resultado ha sido desastroso: la ha encontrado vacía. Se ha preguntado por su futuro y se ha echado a temblar ante las tinieblas del abismo en que se sumergió.

Todo este estado de ánimo, se puede expresar con una sola palabra: angustia, ante el futuro del hombre en vista del fracaso del presente y del pasado.

La angustia es el fenómeno típico que domina las mentes de la postguerra europea.

Búsqueda de un nuevo sentido a la vida del hombre. Intentos de solución

Dos son las reacciones posibles ante el estado de cosas que describimos.

Una, la indiferencia, el encogerse de hombros. El considerar la vida sin sentido, como carga pesada que hay que arrastrar. En la práctica, un ir y venir, un deambular vago, un contentarse con los pequeños goces, plenos de hastío y amargura, de una vida materializada sin fines ni ideales.

Otra, la búsqueda. El intentar dar a la vida del hombre un sentido nuevo, una nueva estructura.

El actual pensamiento francés y

su expresión, la literatura, gira todo alrededor de este problema. Todas las doctrinas, todos los autores quisieron solucionarlo. ¿Lo han conseguido verdaderamente?

El primer paso en este camino es el descontento con lo existente. La rebeldía contra todo lo convencional, lo artificioso, lo viejo. Rebeldía por todo y contra todo. Porque todo parece absurdo, impropio, equivocado. Este sentimiento es común a todos.

Cronológicamente citaremos en primer lugar a Andrés Gide. Gide es considerado como el inquietador de la juventud francesa aletargada en la burguesa y facilona vida de finales del siglo XIX. Introduce en la literatura, supervalorizándolo, el concepto del «yo». Exalta en sus obras el amor por todo lo animado y los inanimado. Un vivir pleno de intensidad, impresiones y experiencias. Sin embargo, su obra carece de espiritualidad; ha hecho perder la fe a multitud de jóvenes.

En esta misma directriz hay un gran número de autores que podemos escindir en grupos.

Unos, que discuten, atacan y dan soluciones para los problemas del mundo en que viven. Son los escritores de la orilla derecha del Sena. Entre ellos Valery y Bourget.

Otros, los de la orilla izquierda que tratan los problemas de un mundo que desean, porque el existe lo repudian por entero. Así, Maftas Duvard.

Más avanzada es la posición del surrealismo. Manifiesta también un completo desacuerdo con el mundo tradicional podrido. Afirma que el hombre, rompiendo el hermetismo en que está sumido, debe abrirse a la verdadera vida, ahogada por una civilización de pacotilla. Esta verdadera vida, cimentada sobre la piedra fundamental del deseo, piedra que no ha sabido encontrar la razón, se encuentra en los sueños y semisueños, en el subconsciente. Su expresión es la poesía.

Característica fundamental de todas las tendencias estudiadas es la «no creencia».

El existencialismo. Su posición. Sus frutos. Su porvenir

Dejando el campo exclusivamente literario, esa angustia, ese malestar de que antes hablábamos, están reflejados en la corriente filosófica de moderna aparición, denominada existencialismo.

El existencialismo se ha puesto de moda. Nombrarlo es evocar desaliñadas barbas, chillonas camisas,

aguardentosos rostros, inequívocas vidas.

Dejando aparte estos «snobismos de última hora», el pensamiento existencialista, ya lo hemos dicho, es consecuencia directa de ese derrumbamiento de la post-guerra.

No pretendemos exponer las doctrinas existencialistas.

Solamente queremos reflejar cómo son interpretados por los universitarios franceses, cuál es la posición que creen adoptar ante el problema que nos ocupa y, finalmente, cuál su futuro y repercusiones.

Según esto, descendiendo a las consecuencias prácticas que de sus aserciones se desprenden, el existencialismo defiende primeramente una libertad para el hombre, absoluta, sin trabas. Por ello afirma que debe admitirse como buena, toda experiencia auténticamente vivida. Esto supone, y de hecho así ocurre, una exaltación al primer plano del «yo». Lo fundamental es el individuo. Todo lo demás, gira alrededor de él. Y ese todo es accesorio.

En segundo lugar, concibe trágicamente la existencia del hombre.

Lo que importa es vivir. Vivir plenamente, cada momento. Sin mirar al futuro.

Así se define la vida del hombre que vive enteramente para sí mismo, sin que le importen los demás absolutamente nada, y para el que no hay nada, estructura o doctrina, religión, patria, familia, que signifique valor alguno profesable o definible.

Después de varios lustros en los que el existencialismo, saliendo del estricto campo de lo filosófico, ha invadido la literatura y el arte, no puede afirmarse categóricamente que haya dado frutos positivos.

Ninguno de sus genuinos representantes, ni su progenitor Kierkegard, ni los alemanes Jaspers o Haiddeger, ni Sartre o su discípulo Merleau Ponty, ni aun el católico Marcel, han logrado dar en sus obras una solución concreta, ni han adoptado una clara posición.

No se cree, no creen los mismos franceses, que el existencialismo, en ese desesperado intento por encaminar al hombre, pueda ya dar algo fundamentalmente sano, constructivo.

No creen salga del círculo vicioso en que se encerró. Su pronóstico es, pues, francamente negativo.

Hay voces que hablan del actual estado del existencialismo, como ante el enfermo que dentro de la agonía de su enfermedad incurable, no encuentra terapéutica capaz de volverle a la vida.

EL BIELDO Y LA CRIBA

Fracaso total. Causas

Todos los intentos tras esa verdad, en esa búsqueda en todos los órdenes, reflejados en estas líneas, uno tras otro, fracasan.

No nos extraña este resultado. Los suponemos llenos de buena voluntad pero fallan en lo fundamental: les falta altura de enfoque. Quisieron resolver el problema del hombre en el hombre mismo, por sus solos medios. Lanzaron su grito de suficiencia, su «non serviam». Y chocaron siempre con su limitación, con su contingencia.

Para ellos la verdad está en lo nuevo. Nuevas fórmulas, nuevos sistemas. Lo nuevo por lo nuevo, sin mirar atrás.

Olvidaron, pretendieron olvidar, que la verdad es antigua; a mostrarla vino Cristo hace veinte siglos.

Solamente adquiere sentido la vida del hombre en cuanto que es dependencia de Dios y a Él tiende.

Solamente cuando el concepto de lo sobrenatural, de lo divino de su fin, empapa al hombre, puede éste caminar, peregrino, sin temor.

Y esa angustia, y ese trágico arrastrarse sin meta, desaparecen, se esfuman.

Desolador panorama religioso. Reacción del catolicismo

Ciertamente, podemos calificar, el actual estado religioso francés, como de completa descristianización general, acompañada, lógicamente, de gran relajación en la moralidad pública y privada. Claro signo de ella, es el que sobre un total de treinta y cinco millones de bautizados, el número de católicos verdaderos, practicantes, oscila entre cinco y seis millones. (Compárese esta cifra con los cinco millones de afiliados comunistas.)

Ante estos gravísimos problemas, el Catolicismo francés ha reaccionado valientemente. Su labor tiene dos directrices principales.

Primero, convencer, demostrar que la única vía de salvación posible para ese hombre desorientado es el Catolicismo. Luego, atraer a ese camino a toda la inmensa masa apartada de él.

Pretenden conseguir estos fines acomodando sus métodos de acción a las nuevas necesidades.

Con el objeto de cristianizar el ambiente actúan los sacerdotes y religiosos a través de dos instituciones fundamentales: la misión de Francia y la misión de París.

La misión de París se propone influir en el mundo obrero. Para ello gran número de sacerdotes con-

viven con los obreros de modo total trabajando las mismas horas que ellos, comiendo su pan, formando parte de su ambiente. Intentan primeramente inculcar los principios fundamentales de la ley natural; luego formar comunidades cristianas; finalmente, infundir espiritualidad. El número de estos sacerdotes obreros es en toda Francia de setenta a ochenta.

Distinto carácter tiene la misión de Francia. Fué fundada en 1942 por decreto de todos los Obispos franceses. Intenta inculcar un verdadero espíritu católico en el pueblo, por medio de los sacerdotes. Estos se forman en un Seminario especial fundado en Lisieux. Los jóvenes presbíteros, a la salida del mismo, se reparten por toda Francia, estableciendo las llamadas Parroquias misionales, influyendo sobre los seglares y sobre los sacerdotes más antiguos. Sus propósitos fundamentales son enseñar los principios de la verdadera doctrina católica, bebidos principalmente en el Evangelio y en la Biblia; después, enseñar a vivir plenamente de acuerdo con ellos. Así mismo pretenden fomentar, frente a la tendencia e individualizar la religión, el espíritu de comunidad cristiana, de las primeras reuniones, de las catacumbas. Para ello tienden a unir a los cristianos por medio de una liturgia sencilla, de hondo significado, y en la que se da la mayor participación posible al pueblo, en los actos de culto.

Con tal labor se pretende revolucionar el mapa religioso de Francia. En la actualidad existen centros muy florecientes en los que germinan verdaderos católicos.

Llama la atención la convivencia de los católicos con gente de otras religiones y con ateos.

Por tanto, es un carácter del catolicismo francés el ser un catolicismo de lucha. El católico ha de tener una fe firme, conocimientos profundos del dogma, para preservarse de los errores de los demás y luego para convencerles.

Respondiendo a estas exigencias se ha llevado a cabo un gran esfuerzo teológico por recuperar la verdadera tradición de la Iglesia. No se quiso, afirman, descubrir o reformar, sino de interpretar del mejor modo posible y más acomodado a las necesidades del momento la única verdad inmutable.

Por otra parte, esta convivencia con distintas religiones ha llevado a un intento de acercamiento entre ellas, a un salvar diferencias en aras de la unión.

Esfuerzo teológico y acercamien-

to, ambos llenos de peligros para la integridad de la Doctrina Católica. Así lo señala S. S. Pío XII en la Encíclica «*Humani Generis*».

La voz prudente pero enérgica del Papa condena el modernismo, ese intento de discutir lo incuestionable, ese llevar el dogma hasta los límites de lo heterodoxo. Señala asimismo los grandes peligros de esa política de mano tendida entre las religiones, del irenismo. Repudia esa unificación si para ella es necesario el menoscabo de lo fundamental. La verdad no puede ensamblear con el error.

Francia ha reconocido que la «*Humani Generis*» iba especialmente dirigida a ella. Y ha acatado en líneas generales la voz del Pontífice.

El catolicismo en el ambiente seglar. Literatura católica. Catolicismo universitario y científico

El catolicismo seglar intenta por todos los medios posibles colaborar con esta acción sacerdotal, influyendo en sus respectivos ambientes, haciendo verdadero apostolado.

En primer lugar encontramos entre los escritores modernos un no reducido grupo de tendencias católicas. Nombres principales son los de Claudel y Mauriac. También Bernanos. No está ausente de ellos ese sentimiento de rebeldía que antes nombrábamos, característico de la literatura moderna francesa. Pero en sus obras, frente al vago deísmo de los demás, la idea de Dios es fundamental. Sus personajes luchan constantemente con el pecado para acercarse a Dios. Problemas esencialmente religiosos. La gracia, el pecado, el alma, son los temas de sus obras. Sin embargo, su posición es demasiado individualista. En algunas ocasiones sus opiniones rozan el error.

En el ambiente universitario existe un fuerte movimiento católico, que lucha en oposición con los de otras religiones por levantar de la inercia en que está sumida a la gran masa estudiantil.

Los jóvenes católicos actúan sobre todo a través de dos instituciones: la «Agrupación francesa de estudiantes católicos», cuyo lema es «la acción», que pretende influir en el ambiente, y las «Parroquias misionales universitarias» que intentan remediar la miseria espiritual en la formación doctrinal y moral del estudiante. Organiza para ello centros de estudios, edita periódicos y organiza peregrinaciones.

Hay igualmente un gran florecimiento católico entre los científicos

EL BIELDO Y LA CRIBA

franceses. Pretenden mantener en todo momento incontaminada la pureza de la Doctrina Católica. Participan en debates científicos, editan y colaboran en revistas, intentan dar la versión católica de todos los hechos científicos modernos y hacer respetar a los no creyentes los hechos fundamentales de la ley natural.

Así, el Catolicismo francés, intenta llevar a todos los órdenes, a todas las esferas, la única solución posible para los problemas que conmueven al hombre actual.

Sin embargo, desde un punto de vista imparcial y objetivo, la religión en Francia está excesivamente intelectualizada, poco sentida y por ende poco vivida. Entre el católico francés y Dios, su razón ha colocado demasiados escollos intelectuales. Les falta vida interior. El joven francés recita magníficamente los oficios divinos, pero no se inclina tanto a hincar las rodillas ante el Sagrado y hablar media hora con su Dios.

Otros dos defectos en que ha incurrido Francia, queremos que nuestra descripción abarque lo positivo y lo negativo, es el poseer poco romanismo. Poca sumisión al Magisterio de la Iglesia. En sus discusiones religiosas, en sus argumentaciones, los franceses pretenden hallar la solución por sí solos, sin confrontarla con el pensar de la Autoridad eclesiástica, del sucesor de Pedro.

Ambos defectos, que ellos mismos reconocen, son la principal preocupación del clero francés.

Nuestras consecuencias. Principal lección francesa: Inquietud. Misión de España en el mundo

La más importante de las lecciones puede expresarse con una sola palabra: inquietud.

Francia ha tenido el mérito de no cerrar los ojos a la triste posición del hombre. Ha intentado solucionarla, por caminos equivocados la mayor parte de las veces. Pero estuvo siempre más cerca del triunfo que si hubiese encogido de hombros.

En España ¿existe esa inquietud?

Los franceses creían que la española es una religión irracional. Dada a todo lo externo, pero falta de fundamentos.

En esta afirmación categórica exagerada, hay parte de verdad.

La religión de la mayoría de nuestro pueblo, no queremos negar lo evidente, es ¡ay! una religión que se hereda con la sangre materna,

pero que no se digiere. Al no haber asimilado una doctrina no se puede actuar según ella.

No es éste, sin embargo, ningún perjuicio. Esa base de sentimiento, ese verdadero tesoro de valores espirituales, es necesario para poder edificar sobre ellos una sólida construcción. Gracias a él no estamos sumidos en el caos en que se encuentran las demás naciones, entre ellas la misma Francia. Pero conservando intacto lo fundamental, es necesario eliminar lo accesorio, lo falso. Inyectar savia nueva en el viejo tronco.

Recuerdo haber leído en una de las primeras historias que abrieron mis manos, que la misión de España es la defensa de los valores espirituales en la Historia y en el mundo.

Nunca más que ahora han estado esos valores necesitados de un apoyo enérgico y decidido.

Si esta es la misión, España debe estar preparada para ella.

Lógicamente esta labor ha de ser obra de la intelectualidad.

El Rdo. P. Bosch, S. I., presidente de la misión universitaria francesa, nos leyó un artículo por él escrito sobre la actual literatura española. No había encontrado, decía, reflejados en ella los problemas que preocupan las plumas de los escritores europeos. Al margen completamente, tiene un carácter meramente descriptivo. Cuando tratan, dichos autores españoles, la vida del hombre, lo hacen de un modo completamente materialista, siguiendo servilmente la moda de unos cuantos autores extranjeros para los que el hombre no es sino un manojito de instintos. No se refleja en ellos, ese Catolicismo recio, entero, verdaderamente vivido, de que tanto blasonamos.

Si no basta con esto, vayamos a la cuna de lo intelectual que es la Universidad.

No es optimista, para los que los vivimos el panorama universitario. La mayoría de los jóvenes que, carpeta y almuerzo bajo el brazo, llenan diariamente las aulas de nuestras Facultades, profesan de modo oficial, una religión que no viven. Arrastran una vida atónica, carente de ideales, o guiados por unas viles esperanzas materiales.

Esa despreocupación por lo religioso—ejemplo de ello son las tristes clases de religión—ha aglutinado en una ola cada vez mayor de ateísmo, por desconocimiento de causa, por ignorancia, fruto de la indigesta lectura de alguno de los

pseudofilósofos tan en boga. Precisando más, por comodidad.

En la actual España, se lucha denodadamente contra este estado de cosas, reliquia del triste fin del pasado siglo. No debemos sumirnos en el desaliento.

Hay que inquietar a nuestra juventud. No podemos dejar que se revuelva en el fango la que el día de mañana ha de regir los destinos de nuestra patria.

Hay que sacudir violentamente a ese joven aletargado, que camina por la vida con los ojos cerrados, gritándole fuertemente al oído la frase ignaciana: «¡Hombre! ¿Para qué crees que vives en el mundo?»

Hemos hablado de inquietud. Inquietud encierra zozobra, temor. Pero nuestra inquietud no tiene esos componentes. Es la de Teresa, Ignacio y Javier. Es el sentimiento de Agustín cuando clama: «Señor, nos has hecho para Ti, y nuestra alma no descansará hasta que no repose en Ti.» Y es así, porque nuestro camino está lleno de luz. Porque estamos en la verdad. En la única verdad posible. Y anhelamos adaptarnos más a ella.

Esta es, esta debe ser, la misión de España, el ejemplo de un pueblo viviendo absolutamente en católico. Demostrando al hombre, que el único modo de ser verdaderamente hombre, es ser católico. Demostrando al mundo, a ese pobre mundo dividido y atormentado, empeñado en destruirse a sí mismo, a ese pobre mundo que está olvidando el sabor de la paz, su verdadera misión, el verdadero carácter de la vida. Peregrinar.

Conclusión

Comillas fué para nosotros una honda lección. Dejó profunda huella en nuestras almas.

De allí volvimos más españoles, convencidos de que España no puede permanecer de espaldas al mundo, de que éste nos necesita. Con un sentimiento más humano de lo que debe ser la cooperación entre los pueblos.

Si cabe, más católicos, convencidos de que la única salvación del mundo depende de un estrecho cooperar, codo a codo, de las naciones hacia a Dios.

Hacia ese Dios, al que ahora el hombre, asustado de sí mismo, aterrado ante el uso que hizo de la libertad que recibiera, vuelve sus ojos llenos de angustia.

José M.^a Morales Meseguer

Congregante del Centro Escolar y Mercantil de Valencia

YO FUI CHOFER DEL CARDENAL MINDSZENTHY

(Continuación) *

Pero el partido comunista ya sabía lo que quería y adónde iba. Sabían que, tratándose de un pueblo profundamente cristiano y agrícola, tendría muy mala acogida el comunismo si no se infiltraba solapadamente. Desde luego, ya hacía tiempo que en las grandes empresas y fábricas funcionaban en secreto células comunistas, pero ni siquiera la clase obrera estaba, en su conjunto, suficientemente madura para ser el apoyo del comunismo. Por eso la labor preparatoria fué lenta, pero sostenida, y por eso se mostraron condescendientes en un principio, para no incitar al pueblo contra sus nuevos dominadores antes de tenerlo completamente en sus manos. El partido empezó reclutando gente muy bien preparada, a quienes luego imbuyeron de sus creencias según el sistema celular y con el fin de ganarse la juventud obrera. Con todo, no dejaron de cometer errores tácticos, como con el «MADISZ», asociación de la juventud demócrata húngara, que tenía como programa principal la organización de bailes, y con ello se atrajo la antipatía de muchos jóvenes a quienes hubieran podido conquistar, pero que se opusieron al movimiento por no encontrar digno ni permisible el entregarse a frívolas diversiones cuando el país estaba todavía en ruinas.

En las elecciones políticas, el partido comunista no consiguió sino una insignificante minoría, a pesar de lo cual los partidos cristianos tuvieron que colaborar con los comunistas; éstos, con una hábil maniobra, se apoderaron de las carteras del Interior, Industria y Comercio. La cartera del Interior era el camino directo hacia la reorganización de la policía, limpiándola de todo elemento no comunista en los cuadros de la oficialidad. Además, sirvió excelentemente para introducir en la policía muchos jóvenes previamente instruidos en Moscú, y que, por tanto, consiguieron en seguida los más altos cargos.

Mas con esta cartera no sólo lograron el control sobre la policía, sino que también la prensa, la radio, las demás organizaciones, la vigilancia y el derecho a tomar decisiones cayeron en sus manos. Y así, cuando Moscú juzgó el partido ya bastante estable, ordenó la disolución de todas las organizaciones de la Iglesia que no se ordenaran exclusivamente al servicio del culto. De esta manera cortaban de

una vez la influencia de la Iglesia en el pueblo.

Los colegios populares

Al mismo tiempo se iba trabajando en el campo educativo. Nacieron los llamados colegios populares, en los que se reunieron de los pueblos a la juventud revolucionaria de talento para prepararla, instruirla y transformarla a su gusto. Estos colegios brindaron una posibilidad de educación a los hijos de labradores pobres. Una idea en sí maravillosa, muy cristiana y que tendría que haber realizado la Iglesia, pero que ahora ha realizado el diablo. Porque la realización ha sido verdaderamente diabólica. El colegio popular se lo brindaba todo: posibilidad de estudiar sin preocupaciones, vivienda, manutención, vestido, diversiones; sólo exigía una cosa: sus almas. Ha sido una exigencia tácita de que el colegial no fuera a la iglesia y de que no se relacionara con religiosos.

La enseñanza marxista era obligatoria y de ella sutrian severos exámenes. La enseñanza era muy real. El sistema consistía en reuniones y charlas sobre puntos del marxismo, de manera que penetrase en los niños la «verdad» del nuevo «evangelio». Otro factor importante en el método consistía en alojar hasta el extremo la moralidad. Convivían en el mismo colegio chicos y chicas en la mayor promiscuidad. Casi era condición requisita para el ingreso en los colegios avenirse a convivir con muchachas. Indica lo diabólico del sistema el hecho de que estas «circunstancias paradisiacas» no han durado sino el tiempo necesario para exterminar las ideas morales y despojar así a los niños y niñas de su amor propio y del saber valorarse a sí mismos. Cuando les tuvieron absolutamente bajo su dominio, cesó el libertinaje, porque a ese tren de vida no hubiesen sido los jóvenes capaces de cumplir y rendir lo que el partido les exigía.

Al principio sólo existían tales colegios en la capital; luego, todos los centros escolares tuvieron su propio colegio popular. Como los edificios estatales resultaban insuficientes, y esto ocurrió bien pronto, echaron mano —mediante la nacionalización— de los colegios y edificios católicos, con lo cual dispusieron en todas las ciudades de edificios bien provistos y

pertrechados. Gran parte de los antiguos alumnos de los colegios católicos, como no existía otra posibilidad, hubieron de recibir su educación en esos centros.

Reeducación marxista en el ejército

También el ejército resultó un arma excelente en manos del partido como formidable escuela de reeducación marxista. Después de la guerra se reorganizó completamente el ejército con oficialidad nueva reclutada entre el elemento popular ya reeducado, y que tomaba, a su vez, sobre sí la misión de iniciar en el marxismo a los jóvenes soldados, de suerte que gran número de obreros y campesinos han recibido ya su buena dosis de marxismo.

Censura de la Prensa

En la prensa se ha introducido la censura previa. El número de publicaciones católicas —los diarios estaban ya, como se puede suponer, prohibidos— se ha reducido al mínimo, impidiendo la aparición de dichas publicaciones. A veces dieron como pretexto el que los cajistas de imprenta se negaban a preparar la revista porque algún artículo ofendía sus sentimientos democráticos. Para que se vea la sinceridad de la excusa, hay que advertir que la mayoría de las veces recogieron las revistas ya impresas, aunque luego los periódicos comunistas daban la noticia en la forma predicha.

El diario comunista «Szabad Nép» («Pueblo Nuevo») ha sido de lectura obligatoria en todas las empresas nacionales y oficinas. Agentes especiales interrogaban a la gente, oficinistas, obreros, y quien no daba razón de lo que se decía en un artículo o no hubiese leído el periódico, recibía un punto negativo en su calificación oficial. Muchos, sobre todo entre los obreros, intentaban escapar a esa pesadilla fingiéndose analfabetos, pero a éstos se les reunía después del trabajo y un compañero les exponía lo que traía el periódico, y en especial en el artículo del día.

Se redactó una lista de libros fascistas. Para que se juzgue el criterio que se siguió en la confección de la lista, basta saber que estaban incluidos en ella los libros, tan conocidos en España, del Dr. Tihamer Toth. Los particulares tuvieron que entregar los libros condenados por el régimen a la policía, la cual se encargaba de llevarlos a la trituradora. Ni que decir tiene que se hicieron mil registros a la búsqueda de libros posiblemente escondidos. En las escuelas se introdujeron, para la enseñanza, libros «democráticos».

(*) Vid. CRISTIANDAD n.º 183, págs. 464 y ss.

En verano de 1948 se decretó la nacionalización de las escuelas, por la que todas las escuelas católicas pasaron a propiedad del Estado. Al personal docente se le dió la facultad de permanecer en sus sitios bajo el control estatal. Naturalmente que del personal religioso no quedó nadie, puesto que era de prever que las exigencias que vendrían por parte del Estado no podrían ser satisfechas por un católico, y mucho menos por un religioso. Ya hemos dicho más arriba qué ha sido de todos nuestros colegios. Se ha introducido en las escuelas el sistema de círculos estudiantiles, que en teoría significaba que cinco o seis niños estudiaban conjuntamente bajo la dirección de uno o dos de los más aventajados o bien de grados superiores, pero en la práctica ha venido a resultar la organización política de la juventud escolar según el sistema celular, y así se les iniciaba en los problemas políticos contemplados a la luz del marxismo en vez de guiarles en el estudio.

La juventud que estaba entonces en la enseñanza media, durante mucho tiempo resistió magníficamente. Sobre todo, los alumnos de los antiguos colegios religiosos se esmeraban, en uso de sus derechos democráticos, en hacer insoportable la vida de sus nuevos profesores. Desde luego, les estaba prohibido todo contacto con sus antiguos maestros y profesores; incluso se les prohibió la visita a las casas religiosas. Pero éste era un nuevo aliciente para menudear las visitas, pues condición del buen húngaro es hacer más una cosa sólo por el hecho de estar vedada. Pero también a esta situación, para los tiranos indeseable, pusieron fin internando a los religiosos e incautando sus edificios.

Vida religiosa

En el primer momento de la invasión, los rusos, tanto oficial como privadamente, mostraban gran respeto y reverencia por la Iglesia y el clero; ya hemos dicho que el traje talar era la mejor recomendación y defensa contra la violencia de los soldados. El mismo partido comunista naciente trataba con singular benevolencia a los sacerdotes y obispos. Cuando se dividieron los latifundios, ciertamente ocuparon también algunas fincas de la Iglesia, pero el Estado se tomó sobre sí la carga de indemnizar las pérdidas. Muchos párrocos que antes de la reforma agraria ninguna o muy poca propiedad poseían, recibieron también su parte correspondiente; se reedificaron templos con auxilio del Estado y aun del partido comunista; el mismo partido donó, en muchos pueblos,

las llamadas «Domus Culturae» a la parroquia.

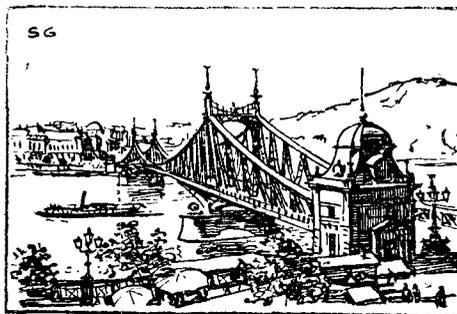
Muchos opinaron, pues, que se debía mostrar benevolencia para con el partido para recibir de éste los auxilios necesarios para la reconstrucción. Pero tan buenas relaciones no fueron de larga duración. Tal comportamiento no fué sino una maniobra política para captarse la simpatía y adhesión de algunos obispos y sacerdotes y así trabajar luego explotando sus nombres.

En efecto, cuando el partido estuvo ya más fortalecido, se inició la campaña de insultos y coacciones que fué a desembocar en abierta persecución, aunque jamás nuestros tiranos reconocieron la persecución y siempre hablaban de medidas políticas.

Se prohibieron las asociaciones católicas, nos arrebataron las escuelas y colegios, y en nuestros mismos edificios educan a los jóvenes en la ideología marxista. Se declaró facultativo el estudio del catecismo, lo que equivalía, en la práctica, a impedirlo en los centros de segunda enseñanza; se depravaban sistemáticamente las costumbres de los más jovencitos; llevaron a nuestros religiosos y religiosas a campos de concentración, detuvieron a los obispos y les instruyeron inicuos procesos que no terminarán sino con sus vidas, y organizaron el movimiento sacerdotal «Pro Pace», encaminado a crear una Iglesia cismática y opuesta al Vaticano (en honor de nuestro clero, hay que advertir que tal movimiento no cuenta sino con diez sacerdotes).

La consigna era no hacer mártires, y si alguien moría en sus manos, la cosa quedaba en secreto, como ocurrió con cierto padre jesuita, en el cual caso hasta se deportó al párroco que le dió sepultura para evitar que la cosa trascendiera.

Tales atropellos no hacían sino excitar la resistencia de nuestro pueblo. El pueblo fué y es todavía profundamente religioso; si lo será en adelante, sólo Dios lo sabe. Hungría no pudo resistir esas calamidades: sus hijos no podían aprender el catecismo; sus niñas eran arrebatadas a campamentos de pioneros para ser corrompidas; no



Budapest

era raro el uso de las armas más expeditivas. Pero nuestro pueblo y su episcopado poseía un arma más poderosa todavía: la oración, el sacrificio, la renovación e intensificación del culto a Nuestra Señora. Y en esta batalla guiaba a su pueblo José Mindszenty, el gran pontífice en la Hungría de este siglo.

Un anochecer, estaba yo en cierta aldea transdanubiana. Era en los primeros tiempos de la invasión rusa, días peligrosísimos y difíciles. Cuando menos se esperaba caían los rusos sobre los pueblos y en visita oficial o privada requisaban lo que les parecía. Aquella tarde paró un carro ante la casa. El dueño de ésta se asomó con cierto temor para ver quién sería el tardío huésped. Con gran alegría vimos que se trataba del párroco del vecino pueblo que venía con un carretero. Mientras saludábamos al párroco echamos una mirada al carretero, que entretanto cuidaba del caballo, y advertimos con gran sorpresa que era el Rvdmo. Obispo Mindszenty. Ya que no había otra posibilidad para poder viajar, el obispo había tomado el carro de su padre, que era campesino, y de esa manera visitaba a sus sacerdotes y a su pueblo para confortarles y consolarles en aquella hora de prueba.

Nuestro Cardenal consagró el año 1948, centenario de nuestra libertad, a la Santísima Virgen. Exhortó al pueblo a peregrinar a diversos santuarios para satisfacer a Dios por la oración y la penitencia. El pueblo respondió generosamente a esta llamada de su pastor y acudió en masa a aquellas peregrinaciones en multitud no vista desde el Congreso Eucarístico del año 1938.

A la peregrinación de Mariaremete (ermita de María) acudieron, sólo contando los varones, más de 260.000 almas. Fueron a pie desde Budapest —unos 20 kilómetros—, guiádoles su Cardenal, rezando el rosario por todo el camino y entonando cánticos. En el santuario, 640 sacerdotes oyeron confesiones hasta el mediodía y con dificultad pudieron acabar con tanta muchedumbre. Al «Día Mariano» de Baja acudieron 150.000 varones, de ellos 3.000 obreros de la mayor fábrica de Hungría, que vinieron desde Budapest, recorriendo a pie 185 Km. Del pueblo del Cardenal, distante del santuario más de 200 Km., llegaron unos 300 para escuchar la voz de su Cardenal.

La media de estas peregrinaciones fué de 150.000 a 180.000 hombres. Durante todo el año, y en todos los santuarios marianos, se tuvo una vez o dos el «Día de María».

N.

(Continuará)

LA CRUZADA DE OCCIDENTE

EL ARBOL

La sociedad de los hombres en la tierra, tan varia y compleja en su forma como en sus manifestaciones, se nos antoja puede equipararse a un árbol frondoso.

Para entender de esta inmensa dimensión de seres, agrupados o dispersos, afines o dispares, precisa un amplio espíritu de comprensión y de caridad. El entendimiento es necesario, pero la caridad lo es más todavía. Llevados del simple ánimo especulativo llegaremos a una clasificación más o menos adecuada, pero jamás podremos penetrar el fondo y distinto sentido de esos varios estamentos humanos, sin, por vías de caridad, llegar a descubrir los estrechos vínculos que hacen que esta dispersa y alborotada floración de seres pueda y deba ser considerada como integrando este frondoso árbol de la humanidad.

Esta afirmación puede ser interpretada como una ingenuidad por quienes pretenden haber llegado a esta conclusión de la «familia humana», mucho antes de que tratáramos de descubrirla nosotros. Sin embargo, no es así. Este concepto de la «familia humana», mediante el que se pretende definir a toda la humanidad, es el manto genérico con el que trata de encubrirse la infinita disparidad y el inmenso contraste de unos seres que viven una misma condición fisiológica, pero que están tan lejos los unos de los otros, moral y materialmente, que apenas puede atribuirse este nombre de familia con el que pretendemos definirlos.

La familia humana vive desarticulada por falta de una ley común. La ley de caridad que predicó el Señor hace dos mil años, no ha llegado todavía a muchos lugares, y en muchos otros no ha sido entendida.

No existiendo fundamento espiritual es difícil conseguir coordinación política. Donde no ha fraguado todavía una «doctrina de gentes» es difícil imaginarse una «doctrina de pueblos». El mundo sigue, por tanto, aun hoy, sometido al contraste de diferentes impulsos, pero por poco tiempo todavía.

Las señales son claras de que el mundo se precipita hacia una nueva y total convulsión, que traerá, irremediablemente, una nueva y total estructura.

Donoso presagiaba una monstruosa tiranía imperando sobre un mundo sometido a la garra socialista del materialismo. No quisiéramos ir tan lejos ni ver las cosas con tintes tan sombríos.

Presentimos como Donoso la fusión de las naciones en un imperio colosal, pero este hecho no se producirá, a nuestro entender, en forma total y repentina. Las guerras que vivimos y vamos a vivir, irán precipitando al mundo hacia una unificación de pueblos bajo un mando cada vez más amplio. Aun considerando que lo que se avecina es un contraste decisivo entre las fuerzas materialistas, creemos que el hecho de la hegemonía mundial se producirá por etapas.

Ahora bien, no podemos resistir a la tentación de venir a imaginarnos lo que serán, o pueden ser, estas sociedades humanas sometidas al dictado de una ley común, y articuladas en forma adecuada dentro de un organismo universal.

Creemos que estas sociedades llegarán a la integración, aportando cada una lo que tenga de peculiar o diferente, para fundirse en un orden común. Se nos antoja imaginarnos ese todo como un árbol frondoso, y pensamos que los pueblos vendrán por decantación a situarse en los planos adecuados a sus diferentes características raciales. Es difícil concebir que las razas humanas, tan distintas y contrastadas como consecuencia de las diferencias de condi-

ción de clima y suelo, puedan equipararse matemáticamente las unas a las otras y ser talladas por un común rasero. Esto sería partir de un principio falso. Es, por tanto, necesario admitir hechos diferenciales que dan a cada pueblo o agrupación étnica una posible distinta función dentro de la clasificación que se establezca.

Ahora bien, para llegar a tratar de definir un orden universal partiendo de estas premisas, se nos antoja ser buen camino el limitar previamente nuestra atención a un campo de visión más restringido. Creemos que cada país que ha servido para aglutinar y contener un determinado grupo social, puede ser suficiente campo experimental para construir nuestra teoría. Pero aun vamos más lejos: antes de descender al estudio de un pueblo, enjuiciándolo a través de sus más destacadas características, creemos necesario partir de una serie de conclusiones previas, que harán más asequible nuestro argumento.

Cualquier grupo o entidad humana está compuesto de diferentes clases de individuos que se definen según su peculiar disposición. Una primera clasificación, entre intraversos y extraversos, nos lleva a destacar, por un lado, a cuantos viven sin más preocupación que lo concreto, y a quienes, por el contrario, se refugian en lo abstracto.

Los primeros forman la inmensa muchedumbre de seres, cuyo paso por la vida no deja más rastro que el de unos tenues o fuertes destellos producidos por su más o menos brillante presencia material. Se nos ocurre que estos seres pueden equipararse, en el árbol de la sociedad humana, a la innumera cantidad de hojas que nacen, brillan, se agitan y mueren, sin haber sido más que un momento intrascendente y efímero de la vida del árbol.

Los segundos, cuya vida se desliza más pausada al ritmo de un pensamiento más profundo, dejan, en la vida de la sociedad a que pertenecen, una honda huella. La presencia es más efectiva que efecista y su recuerdo perdura durante un largo período de tiempo. Se nos antoja equipararlos a las raíces del árbol.

Existe un estamento medio, entre la raíz y la hoja, que se define por tronco y ramas. Este cuerpo medio del árbol social lo integran estas formaciones humanas que viven atentas a la lección de lo profundo, entendiendo, asimismo, el argumento intrascendente de la hoja. Son formas medias que reciben y transmiten la savia que extraen de la raíz y el oxígeno que aspiran por las hojas.

El árbol de la sociedad humana está así compuesto y definido por estos tres estamentos. Es preciso entender la raíz e ir con ella a lo profundo y obscuro de la tierra, en busca de la savia de idea que va a dar al árbol su argumento inicial. Antes que el árbol se haga, cuando apenas es tallo, existe la raíz, que, callada y oculta, va abriendo a la planta su camino, trabajando para ella una base en lo hondo de la tierra. Esta misión, que equiparamos al pensamiento profundo, es la que genera la doctrina, mediante la cual una sociedad adquiere su base fundamental. Es función del pensador y del pensamiento construir doctrina y formar teoría. Cuanto más honda y más multiplicada se extienda esta raíz, más firme será la base en la que se apoyará el tronco. Quisiéramos que esto pudiese entenderse claramente, en estos momentos de grave desviación de las sociedades humanas hacia alegres improvisaciones de «forma». Sin esta misión de fondo de la doctrina invariable no hay firmeza ni firmeza. Por esto, al entender de Cristianismo, debemos necesariamente referirnos a esta condición elemental, que no puede improvisarse y que nos lleva, si-

COLABORACION

guiendo el trazado de su raíz profunda, a los más lejanos tiempos y a los más remotos orígenes. El árbol de la Cristiandad permanece gracias al esfuerzo de esta raíz profunda.

El tronco aflora a la superficie, y su misión se extiende desde la inflexible rigidez que adquiere de su atadura de raíz, a la movilidad que otorga a sus ramas altas, mediante las que se adapta y transige con el incesante agitarse de las hojas.

Este tronco constituye, para nosotros, una lección considerable. Nada tan sabio y definido como esta misión intermedia del tronco entre lo que no puede variar y lo que debe adaptarse. Así, en la sociedad humana de la que pretendemos entender y ocuparnos, lo más difícil de definir es esta función intermedia del tronco. La raíz lo retiene y la hoja lo empuja. El tronco de una sociedad humana está compuesto por elementos que van desde la intransigencia de su vecindad con la raíz, a su condescendencia en la algarabía de las hojas. Es preciso entender esto.

La función del tronco, en una sociedad humana, no puede concebirse como una rígida verticalidad, ni como una total movilidad. Debe de ser las dos cosas. Caemos en el error de exigir mucho o de transigir demasiado, y esto debe evitarse. Los seres que constituyen la gama infinita de una sociedad deben ser conocidos, clasificados y cuidadosamente ordenados. Todo lo que aflora a la superficie puede y debe ser entendido como necesario, dentro de una peculiar función cerca del fondo o de la forma. El confundir estos términos o desviar estas funciones traerá siempre graves fenómenos de inadaptación en perjuicio de la sociedad. Hay hombres que nacen para vivir cerca de la raíz y otros que sólo se avienen a vivir entre las hojas.

Quedan, por último, las hojas que nacen del árbol y viven en él un momento. Una infinita multitud de seres brota continuamente en el árbol de nuestra sociedad, sin que su presencia represente una apreciable aportación. Sin inquietud espiritual viven físicamente su momento y desaparecen en un otoño cualquiera. El árbol apenas sabe de ellos que han cumplido su misión de «llenar» frondosamente una estructura. Son pobres o ricos, fuertes o débiles, y se funden en lo intrascendente por falta de inquietud. Ellos no se ocupan conscientemente del árbol, pero el árbol los tiene y los mantiene, mientras se agitan en su función inconsciente.

Función de raíz, función de tronco o función de hoja. Estas son las tres grandes direcciones de la vida del hombre en su misión de integrar la sociedad a la que pertenecen. Comprendidas estas funciones, es preciso atreverse a clasificar a los seres humanos dentro de estas inevitables definiciones, dando así a cada persona su lugar adecuado.

Si lo entendemos así, no caeremos en el defecto de atribuir a esta persona una mayor o menor responsabilidad, sino la precisa que corresponde a su peculiar disposición.

Entendiendo de esto, entenderemos del árbol del que formamos parte y podremos lanzarnos a la aventura de especular sobre el fondo y forma de esta integración de pueblos en una sociedad común.

Debemos, necesariamente, partir de una afirmación previa. Al punto a que hemos llegado en este ensayo no nos es dable admitir la democracia como principio fundamental de esta nueva sociedad. Esto sería tanto como reconocer a las hojas función de base del árbol. Si el hecho cuantitativo de las masas pudiese servir de base a la institución de esta gran agrupación de pueblos, sería fácil lle-

gar a la conclusión de que entre chinos, indios y rusos y algunos pueblos afines, se conseguiría la mayoría a la que, en buena democracia, correspondería el derecho de regir y administrar. Esto dejaría resuelto el problema y, además, nos llevaría lejos de los dictados de una ponderada razón.

La hegemonía mundial sólo puede admitirse como consecuencia de dos razones fundamentales. El derecho de la fuerza o la fuerza del derecho. El primer caso no tiene dificultad y nos lleva a la concepción apocalíptica a que llega Donoso. El segundo sólo puede entenderse mediante el reconocimiento de un orden preconcebido, mediante el cual, los hombres y los pueblos admitan la articulación de una forma adecuada.

Esto nos lleva nuevamente al árbol que hemos aceptado como figura expresiva de este orden que pretendemos describir. Si democracia no, hemos de admitir la necesidad de establecer, en la raíz de este árbol inmenso, un hecho fundamental tan hondo y desparramado, que pueda considerarse como base suficiente de la importante estructura del árbol del mundo.

Esta base se llama Cristianismo.

La raíz del Cristianismo profundiza en lo más hondo de la tierra, y extrae su sentido sobrenatural de los más profundos estratos del tiempo. Todo en el Cristianismo viene tramado y ligado en forma tal, que no hay pueblo ni cultura que no se sienta abarcado por esta infinita proyección, que domina toda la extensión de la tierra y penetra en los abismos de la historia.

De esta raíz de doctrina que nace del Cristianismo debe surgir el tronco del que partirá la inmensa desmultiplicación de los pueblos, que, como ramas del árbol del mundo, se extenderán en todos sentidos, aportando a la unidad común la varia forma de sus distintas estructuras.

Es preciso, por tanto, definir el tronco, no como consecuencia de las hojas, sino como firme y natural producto del misterioso y oculto argumento de la raíz.

Así puede entenderse un principio de pueblos unidos, desentendiéndonos del solisma de unos «pueblos asociados». El origen común es algo más razonable que la «común conveniencia». Lo primero servirá para definir unos deberes que nacen de lo que somos; lo segundo ha servido para mentir unas ventajas que nacen de la apetencia de lo que conviene a nuestras ambiciones.

Concebir una doctrina de pueblos es mejor argumento que llegar a una «commonwealt».

Del árbol de la Cristiandad, asentado en las raíces cristianas, puede surgir el brote de una frondosa enramada de pueblos, cuya vida se agitará al vaivén de los días, al ritmo de los años y al pausado cabeceo de los siglos, sin que el tronco sufra mayormente y sin que, en el fondo del tiempo y de la historia, se altere y modifique la invariable permanencia de la raíz.

Una estructura de pueblos debe concebirse así, como consecuencia natural de un principio sobrenatural. La figura del árbol expresa adecuadamente esta natural ordenación de los conceptos. Sin esta ordenación no hay paz ni estructura de pueblos.

Esto es lo que nosotros consideramos un orden razonable que origina necesariamente la fuerza de un derecho. De no entender esto se caerá en lo contrario, y el mundo se abatirá subyugado ante el derecho de la fuerza de quien logre, por un momento, vencer, en nombre de la libertad, la resistencia de los pueblos.

C.

DE LA QUINCENA RELIGIOSA

CARTA APOSTÓLICA DE SU SANTIDAD A LOS CATÓLICOS DE CHECOESLOVAQUIA

Con fecha 28 de octubre «L'Observatore Romano» publica una carta Apostólica de Su Santidad a los católicos checoslovacos. La carta es un mensaje de aliento y esperanza a los católicos checos, que de tiempo se hallan sujetos a los temores y a las angustias de la persecución. Mensaje de aliento, para que no desfallezcan en la fe, los que por profesarse cristianos se ven expuestos día a día a las presiones de múltiples y variadas medidas vejatorias. Mensaje de esperanza, porque Dios no puede dejar de acudir en auxilio de estos mismos cristianos que anteponen a cualquier otro el deber de permanecer fieles a los mandatos de Dios.

«Distinguímos con amor más sin medida, dice el Papa, a aquéllos que sufren el peso de acerbas y luctuosas circunstancias, por efecto, principalmente de su tenaz fidelidad y de su encendido amor al Divino Redentor y a la Iglesia, por Él fundada.» Y, añade: «Sabemos que vosotros os halláis en el número de éstos, con el ánimo dolorido.»

Señala el Papa que nada hay mejor que la Religión Católica para promover la concordia y solidificar la paz, nada más apto para fomentar la justicia y la caridad, para defender la dignidad humana y desarrollar la convivencia política. No obstante ser esto así, la acción bienhechora de la Religión se ve obstaculizada de mil modos, hasta el extremo de que los obispos han sido reducidos a prisión, o llevados a campos de concentración, o confinados en sus propias sedes, o, en fin, sometidos a inspección y vigilancia, incluso en lo que atañe al cumplimiento de sus funciones pastorales. En semejantes condiciones de vida se encuentran sacerdotes, religiosos y seglares, quienes son considerados perniciosos enemigos de la República, precisamente porque se esfuerzan en conservar, defender valerosamente y aplicar en su propia vida, las normas y preceptos de la Iglesia Católica.

Después de indicar que si de veras se quiere el bien de la nación, no han de ser impedidos los católicos en la libre profesión de sus creencias, habla Su Santidad, de las dos preocupaciones que afligen de manera primordial su ánimo, al considerar la presente situación del pueblo checoslovaco.

Es la primera el que «principalmente los jóvenes y los tiernos niños, son tratados con todo arte de forma que, rechazada la fe cristiana y relegados los mandamientos de Dios, se encuentren destituidos de aquellos principios y normas, en los que es necesario se informe esta débil edad con los que se mantiene incólume la inocencia, se alimenta la virtud y se hace a los ciudadanos dignos de ese nombre. Ya

veis, Venerables Hermanos y amados hijos, de qué gravedad sea el asunto que nos ocupa. Si la juventud no avanza por el recto camino, sino que huérfana del fulgor de la luz suprema se desvía hacia el maligno sendero, que conduce a las voluptuosidades del placer, atraerá, fuera de toda duda, el mayor de los daños, no sólo para sí, sino también para el futuro de vuestra nación.»

La segunda preocupación que aflige a Su Santidad, nace de los repetidos y sistemáticos intentos de cisma, llevados a término en Checoslovaquia a incitación del Gobierno. «El Romano Pontífice, dice el Papa, es presentado como si fuera un enemigo de vuestra nación, siendo así que realmente es un padre amantísimo, y dentro de esta táctica se llega tan adelante que se asegura está maquinando una nueva y más terrible guerra, cuando él, después de no haber perdonado ningún medio de los que estaban en su mano, para aliviar las angustias, los dolores y las enfermedades de la pasada guerra, no deja nada por hacer en el presente, con el fin de que pueda alcanzarse la concordia y la paz del mundo.»

El Papa exhorta a todos a no perder el ánimo a la vista de tantos peligros:

«Emulad con pecho inquebrantable las antiguas glorias de vuestro pueblo», dice el Papa. «Recordar esto, antes que nada: pueden los hombres privaros de la libertad, pueden afligiros con tormentos, exponeros a la pública vergüenza arrojaros a la cárcel y daros, incluso, la muerte, pero no pueden arrancar, sin embargo, de vuestras almas la fe católica ni mancillar vuestra conciencia. Harán mártires, si lo desean, mas no —como confiadamente esperamos y lo pedimos a Dios con fervientes súplicas— traidores a la religión cristiana, en tanto que todos con firmísima voluntad no desistan de obedecer fielmente las leyes de Dios y de la Iglesia.»

El Papa anima a los católicos checoslovacos, presentándoles como protectores para la lucha que sostienen contra los enemigos de su fe, a los santos patronos de su nación y sobre todo, a la Bienaventurada Virgen María, «que fué en el pasado, es en el presente, y será, sin duda en adelante, baluarte y patrona eficacísima de vuestro pueblo.»

UNAS PALABRAS DE SU SANTIDAD SOBRE EL PROBLEMA DE LA EMIGRACIÓN

«No tenemos necesidad de deciros que la Iglesia Católica se siente obligada en el más alto grado, a interesarse por la obra de las emigraciones. Es que se trata de remediar inmensas necesidades: la falta de espacio y de medios de existencia, dado que la vieja patria no puede

ya alimentar a todos sus hijos y que la superpoblación fuerza a éstos a emigrar, la miseria de los refugiados y de los expulsados, que por millones se ven forzados a renunciar al país donde nacieron, perdido para ellos, y a ir a lo lejos para buscar y edificar otro. La Iglesia se resiente de estas malaventuras, tanto más, cuanto que afectan en una gran parte a sus propios hijos.»

«Nos alegramos de que vuestra asamblea haya contribuido a hacer consciente a la opinión mundial de la gravedad de esa tarea. Y nos regocijamos doblemente, por el hecho de que los valores espirituales y morales, que han de ser colocados a salvo, protegidos y desarrollados en la emigración y en la inmigración, hayan encontrado un hermoso eco en vuestro Congreso: la dignidad y los derechos de la persona humana y de la familia, con el fin de que esta pueda permanecer unida, crearse un nuevo hogar y encontrar lo necesario para que pueda vivir contenta y agradable a los ojos de Dios.»

Los párrafos que anteceden pertenecen a la breve alocución dirigida por Su Santidad a un grupo de asistentes al Congreso de Emigración.

DISCURSO DEL PAPA A LOS ASISTENTES A LA REUNION INTERNACIONAL DE CRÉDITO

«Por encima de un inteligente manejo de los fondos, por encima incluso, del simple interés financiero de vuestros establecimientos y de sus clientes, colocáis su utilidad moral y social. Vosotros señaláis la frontera, o, más exactamente, la plataforma, donde se encuentran el capital, el pensamiento y el trabajo.»

«Mientras que los pescadores en río revuelto, subrayan la oposición, exagerándola, vuestra tarea consiste a ponerlas en relación, a convertirlas mutuamente útiles. Sobre todo, en el aspecto del crédito, que constituye el objeto central de vuestro Congreso Internacional, sois consejeros más que ejecutores o mandatarios de operaciones bancarias.»

Estas palabras iniciales del discurso de Su Santidad a los participantes en el Congreso Internacional de Crédito, descubren una intención, que mira ante todo a poner de realce la función social de innegable importancia, que por encima del interés crematístico, a primera vista preponderante se encierra en la labor de los responsables de las operaciones crediticias.

La labor de consejo, que da el carácter de función social en grado eminente a la misión de los que desde sus puestos bancarios, pueden influir en el destino de los fondos de crédito, se concreta en dos as-

pectos principales; el procurar que la inversión de los capitales redunde en beneficio de la comunidad social, y la ayuda a los que, faltos de recursos económicos, se ven imposibilitados de extraer el debido rendimiento de sus dotes de inteligencia y voluntad.

Véanse las palabras de Su Santidad relativas a lo primero:

«¡Cuántos capitales se pierden en el derroche, en el lujo, en el goce fastidioso y egófstas, o se acumulan y duermen sin provecho! Siempre habrá egófstas y viciosos, siempre habrá avaros y tímidos miopes. Su número podría reducirse considerablemente, si se supiera interesar a los que poseen, en el empleo prudente y provechoso de sus fondos, opulentos o modestos. Por falta de ese interés es, en gran parte, por lo que el dinero corre o duerme. Para remediarlo, vosotros podéis mucho mediante el cuidado de transformar los simples depositantes en colaboradores, a título de obligacionistas o accionistas, de empresas, cuya puesta en marcha o cuya prosperidad serán de grande utilidad social, ya se trate de actividad industrial o de producción agrícola, de trabajos públicos o de construcción de alojamientos populares, de instituciones de educación o de cultura, de obras de beneficencia o de servicio social.»

«Se ha hablado mal, con frecuencia, de los consejos de administración; la crítica podrá ser justificada en la medida en que sus miembros no tengan otro propósito que el aumento excesivo de sus dividendos. Sí, por el contrario se proponen la sabia y sana orientación de los capitales, realizarán por este solo título una obra social de primer orden», recalca Su Santidad.

El párrafo que transcribimos a continuación va dedicado al segundo punto arriba aludido.

«El que recurre a vosotros en busca de un crédito, es un joven inventor, un hombre de iniciativa, un bienhechor de la humanidad.» En este caso se impone un estudio de la persona y del proyecto, con objeto de no entregar al azar de una utopía, los fondos de un prestamista confiado. «Es necesario que peséis su valía, comprendáis sus planes y sus proyectos, que le ayudéis, si el caso se presenta, con algún consejo o sugerencia para ahorrarle una imprudencia o para hacer más práctica su concepción, para ver en fin a qué mecenas dirigirle y recomendarle.»

Señala en fin, el Papa, la existencia de personas a quienes las malas cosechas, los estragos de la guerra, la enfermedad o un accidente imprevisto coloca en trance de pasajera dificultad. Estos podrán, gracias a un crédito, levantarse, ponerse en marcha y, con el tiempo, amortizar su deuda. «¡Qué socorros materiales, qué alientos morales, no podéis procurar a todos éstos!»

Así el discurso que acabamos de extractar, como el que le antecede, no ofrecen una referencia directa a las materias específicas religiosas,

sobre las cuales, con preferencia a otras, parecen creer las gentes hayan de versar normalmente las palabras del Papa. El mundo actual tiene planteados multitud de problemas. En cuanto estos problemas afectan a la misma vida del hombre, se impone para su solución un enfoque previo a la luz de los principios cristianos. Esto explica el que Pío XII tenga siempre una palabra oportuna, que sorprende además, por el conocimiento del asunto que demuestra, para los que sienten, no ya la inquietud del apostolado, sino del quehacer profesional al que se dedican. Cada discurso de Su Santidad viene a reiterar así, la exhortación tantas veces hecha a los católicos, de saltar a la palestra de la vida activa, con plena conciencia de las responsabilidades anejas a su condición de creyentes.

**DEL DISCURSO DEL PAPA
A LAS PARTICIPANTES EN EL CONGRESO
DE LA UNIÓN CATÓLICA ITALIANA
DE OBSTETRICIA**

El día 29 del pasado mes de octubre, Su Santidad recibió en audiencia a las participantes en el Congreso de la Unión Católica Italiana de Obstetricia. En el curso de la audiencia, el Papa pronunció un importante discurso, en el que trató diversas cuestiones de capital interés, tocantes a la vida matrimonial.

Dice la información aparecida en la prensa del 30 de octubre: «El hijo —afirmó Su Santidad— es más importante que la madre, y si los médicos en un momento crítico, tuvieran que adoptar una decisión sobre quién habría de sobrevivir, es el niño quien inmediatamente tiene este derecho» (1).

La anterior afirmación no se encuentra en parte alguna del discurso de Su Santidad, discurso que, notémoslo de paso, se dirigió no a los tocólogos, como erróneamente dijo la prensa, sino a las congresistas aludidas.

El error nace de una información inicial alterada y transmitida así a toda la prensa mundial. En algunos círculos católicos se opina que acaso responda el error a una intención malévolas, de gentes interesadas en sembrar la confusión. El hecho es que se ha tomado pie del discurso del Papa para los más contradictorios comentarios. Con objeto de desvanecer las falsas interpretaciones, fundadas en la inexactitud de la mencionada versión, ofrecemos al lector el extracto autorizado del discurso de Su Santidad, aparecido en la prensa católica italiana. Para más detalles puede verse «L'Osservatore Romano» de 29-30 de octubre.

He aquí el resumen autorizado, de que acabamos de hablar, en el cual aparecen los puntos principales del discurso:

1) «Las matronas han de poner un «no» sereno, pero impávido e inconvencible, a las pretensiones irra-

cionales e inmorales, sea cualquiera la parte de donde vengan.»

2) «Ninguna ciencia o indicación médica, eugénica, social, económica o moral, pueden dar un válido título jurídico, para una disposición que mire a la destrucción de un ser humano, cual es el niño aun en el seno de la madre; así, salvar la vida de la madre es un fin nobilísimo, pero la muerte directa del niño con tal fin, no es lícita;

3) «Las matronas deben oponer el «no» categórico a cuantos hagan recurso a ellas para impedir la procreación;

4) «La esterilización directa, es decir, tendente a hacer imposible la procreación es una violación grave de la ley moral y es por tanto ilícita;

5) «La práctica de la conocida teoría del recurso a los tiempos de la esterilidad natural —llamados periodos agénicos de la mujer— no quiere significar sino que los cónyuges pueden hacer uso de su derecho matrimonial aun en los días de esterilidad natural, mas no hacer uso del acto conyugal exclusivamente en aquellos días —salvo gravísimos motivos— porque esto implicaría un defecto esencial del fin matrimonial, que llevaría consigo la invalidez del mismo matrimonio;

6) «Abrazar el estado matrimonial y usar continuamente la facultad propia del mismo es solamente lícita en él, mas, por otra parte, substraerse siempre y deliberadamente, sin un grave motivo, a su deber primario sería un pecado contra el sentido mismo de la vida conyugal.

7) «Si según juicio seguro y experimentado de las matronas y de los médicos las condiciones requieren absolutamente la exclusión de la maternidad sería un error y un desafuero realizar y aconsejar la concepción. Pero aun en estos casos extremos toda maniobra preventiva y todo directo atentado a la vida y al desarrollo del germen están en conciencia vedados y excluidos, y un solo camino se halla abierto, a saber, el de la abstención completa;

8) «El matrimonio no tiene por fin primario e íntimo el perfeccionamiento personal de los esposos, sino la procreación y la educación de las nuevas vidas; los otros fines están esencialmente subordinados a éste;

9) «Reducir la cohabitación de los cónyuges y el acto conyugal a una pura función orgánica para la transmisión del germen sería como convertir el hogar en un simple laboratorio biológico; de aquí se deduce la exclusión formal de la fecundación artificial en el matrimonio;

10) «El uso de la natural disposición generativa es lícito moralmente sólo en el matrimonio según el orden de los fines del mismo matrimonio y de ahí que solamente en el matrimonio y observando esta regla son lícitos el deseo y su satisfacción.»

En nuestro próximo número esperamos (D. m.) dar a los lectores de CRISTIANDAD nuestra traducción del texto íntegro del discurso.

HIMMANU-HEL

(1) Cfr. información de la agencia EFE aparecida en la prensa diaria del 30 de octubre.

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Triunfo de Churchill y victoria del socialismo. - ¿Ha rechazado Inglaterra el comunismo? - El mito de la superioridad aérea. - UNA INFORMACION Y UN COMENTARIO.

Mensaje masónico del rey de Inglaterra.

Del 22 al 27 de octubre

TRIUNFO DE CHURCHILL Y VICTORIA DEL SOCIALISMO

En vísperas de las elecciones británicas, un corresponsal en Londres escribía: «Es fácil lanzar hoy un pronóstico sin responsabilidad. En serio es más difícil. Cuando pregunto a los demás qué es lo que creen ellos, me preguntan qué creo yo. El aire es conservador. La prensa es conservadora. Los pronósticos arrian ya mucha vela, pero son conservadores. La astrología parece conservadora, porque Churchill es un poco Uranio —«el de los cambios súbitos»— y se opone a los signos de Attlee y Morrison. Los carniceros son conservadores y ellos mandan en las casas. Pero, ¿y los votos? ¿Qué son los votos?» («Diario de Barcelona»).

Ahora, a dos días vista de haberse celebrado la consulta electoral podemos afirmar ya que los votos han sido laboristas. Ciertamente, Churchill obtiene la mayoría absoluta de diputados, pero las papeletas depositadas en las urnas son en su mayor parte favorables al socialismo.

A las 5,40 de la tarde del día 26, los conservadores logran el triunfo al alcanzar la cifra de 313 puestos, frente a los 292 de los laboristas y a los 5 de los liberales. Sin embargo, los votos se distribuyen de la siguiente manera:

Laboristas, 13.821.025.
Conservadores, 13.523.649.
Liberales, 602.589.

Analizando las anteriores cifras, nos parece excesivo el comentario hecho por un cronista en la capital norteamericana: «El fracaso del socialismo en Inglaterra no lo ha sido de unos hombres ni de unos métodos: ha sido el fracaso de una doctrina... La nación vuelve la espalda a los prohombres del laborismo» («Diario de Barcelona»). ¿Es ésta la exacta interpretación del resultado electoral?

¿HA RECHAZADO INGLATERRA EL COMUNISMO?

Quizás la nota más destacada, ha sido la victoria que obtienen todos los candidatos pertenecientes a la fracción bevanista, por lo cual parece más conforme a la realidad, el siguiente juicio de otro corresponsal en Nueva York, refiriéndose al éxito de Bevan y sus secuaces: «Si bien ha sido alejada de los consejos estatales, en cambio la amenaza se ha encastillado dentro de la política inglesa. Por un lado, el triunfo de Bevan en medio de la derrota laborista, y por el otro lado

la consolidación del electorado inglés en dos bloques irreconciliables y casi iguales mostrado por la escasa mayoría conservadora, pone una mueca dramática sobre el futuro de la política parlamentaria inglesa, de la que desde hoy la alternativa a Churchill ya no es Attlee ni Morrison, sino Bevan. Ante tal situación, las cacareantes declaraciones de algunas radios y periódicos proclamando que «Inglaterra rechaza al comunismo» porque todos los candidatos oficial y abiertamente comunistas fueron derrotados, suena a hueco. Los comunistas encubiertos —concluye el corresponsal— no son menos comunistas que los otros, sino más» («La Vanguardia Española»).

¿Qué ocurrirá en Inglaterra? ¿Hasta qué punto la posición de Bevan quedará reforzada en el seno del «Labour Party»? (1).

INVITACIÓN A LA U. R. S. S.

Truman ha confirmado su «buena voluntad» hacia los elementos que controlan y gobiernan la Rusia comunista. En un discurso pronunciado en Washington, con motivo de la colocación de la primera piedra de un nuevo edificio de la Cruz Roja, el Presidente de los Estados Unidos dijo:

«Confío en que no esté lejos el momento en que los dirigentes de la Unión Soviética y sus satélites vean que es una locura oponerse a la unidad voluntad de paz y justicia de todos los demás pueblos del mundo.»

¿Se halla acaso el Sr. Truman impresionado por la reanudación de las conversaciones de armisticio en Panmunjon? ¿Cree acaso que el desarrollo de las negociaciones se verá favorablemente influido por el resultado de las sesiones de la Asamblea de la O. N. U., que tendrán lugar próximamente en París?

Pero, en todo caso, ¿cuáles serían las bases de esa futura concordia entre el mundo occidental y el bloque soviético? (2).

(1) Para precisar mejor los términos en que se ha planteado la lucha electoral en Inglaterra, nos permitimos recordar los que indicábamos en una *Quincena política* anterior: «Y si, pese a las impresiones que podemos recoger de las noticias que nos llegan de la Gran Bretaña, el partido laborista saliera derrotado de las elecciones del día 25, el resultado final no sería otro que el de reforzar la tónica extremista en el seno del laborismo, hasta provocar la salida aparatosa de Attlee de la jefatura del Partido y su inmediata sustitución por quien se proclama gran amigo de Tito y simpatizante feroz del régimen stalinista.» (Véase *CRISTIANDAD*, 15 de octubre de 1951, pág. 448, col. 1.ª).

(2) La invitación de Truman parece estar dentro de la línea política del actual gobierno estadounidense. Veamos dos muestras retrospectivas:

«Jesusup, lanza una nueva invitación al Kremlin: «Si ellos, los soviéticos, desean cambiar su política y cooperar con el resto del mundo en la estabilización de la

EL «TERCER» TRUMAN

«Harry Truman —traducimos de «Time»— es famoso, primero, por sus astutos manejos políticos, y, segundo, por sus ruidosos fracasos y errores de juicio. Ahora bien, ¿fué el astuto político o el torpe Truman quien nombró en la pasada semana el general Mark Clark primer embajador de los EE. UU. en el Vaticano? ¿Fué obra, por el contrario, del tercer Harry Truman, aquél que en ciertas ocasiones muestra destellos de gran hombre de Estado, como a su cargo corresponde, desdeñando las menudencias políticas?» (3).

Según afirma el propio periódico, el general Mark Clark, «comandante del ejército libertador de Roma en 1944», es «episcopaliano y masón del grado 33».

Del 28 de octubre al 3 de noviembre

PROGRESIÓN SOCIALISTA

Resultados definitivos de las elecciones británicas.

Por el número de votos:
Laboristas, 13.911.582.
Conservadores, 13.721.346.
Liberales, 723.595.
Nac. Irlandeses, 92.790.
Comunistas, 21.640.

Comparando los sufragios obtenidos por los dos principales partidos en la reciente consulta electoral, con los que alcanzaron en las dos precedentes elecciones, podemos fácilmente observar que el partido laborista ha logrado hasta el día de hoy notables progresos, y que su permanencia en el poder no le ha restado, en general, partidarios.

En las elecciones de 1945, en las que el partido conservador sufrió una de las más graves derrotas que señala la historia política británica, los votos se repartieron de la siguiente manera:

Laboristas, 11.567.966.
Conservadores, 8.656.966.

Cinco años más tarde, las urnas arrojaban los siguientes resultados:
Laboristas, 13.248.570.
Conservadores, 12.348.935.

La progresión del socialismo es evidente y aunque los conservadores se han ido acercando a las cifras obtenidas por aquél, lo cierto es que no han conquistado, en términos absolutos, ningún partidario del «Labour Party», lo que no deja de entrañar una significación hondísima

paz, la puerta está abierta» (*CRISTIANDAD*, números 177 y 178, *De la Quincena política*, pág. 368, col. 2.ª).

«Palabras de Truman en el discurso pronunciado en Winston Salem: «Nuestra política se basa en la esperanza de que será posible vivir sin guerra en el mismo mundo que la Unión Soviética.» (*CRISTIANDAD*, n.º 183, pág. 472, col. 3.ª).

(3) *Time*, 29 de octubre de 1951.

ACTUALIDAD

y un peligro muy real para el futuro de la Gran Bretaña.

Por el número de diputados, las cifras son las siguientes:

Laboristas, 295.

Conservadores, 321.

Liberales, 6.

Nac. irlandeses, 2.

Como puede observarse fácilmente, el número de actas que obtienen, respectivamente, los candidatos de Attlee y Churchill, no corresponden a los votos recogidos globalmente por los mismos en la totalidad de las circunscripciones. Esa realidad habrá de pesar, indudablemente, en la futura actuación del gobierno conservador; el cual, por otra parte, verá muy limitada el área de maniobra dada la escasa mayoría de que dispone en el Parlamento.

¿Y qué sucederá en unas próximas elecciones?

EL MITO DE LA SUPERIORIDAD AÉREA

La guerra de Corea, y de un modo concreto las operaciones aéreas, no marchan muy bien para Norteamérica y sus aliados. El hecho ha causado, al ser conocido una gran impresión.

«Un telegrama de la United Press desde Washington, hace tres días —nos revela un corresponsal—, en el que se dice que Norteamérica está perdiendo en Corea más aviones de caza de los que la industria norteamericana está produciendo, provocó la primera sacudida.» Con ello, la llamada por algunos «guerra olvidada» salta de nuevo en el primer plano de la actualidad.

¿Qué ocurre en Corea? El «Christian Science Monitor», completa la anterior información con los siguientes datos: Los comunistas perdieron en la pasada semana, catorce aviones, al tiempo que otros veinte y nueve sufrieron desperfectos. Por su parte, el mando norteamericano, admite que también sufrió la pérdida de catorce aparatos, mientras se niega a facilitar información sobre el número de aviones que resultaron averiados. «Estos datos —concluye el corresponsal— parecen desinflar el mito de la «total superioridad aérea» y el «absoluto dominio del aire» que había sido creado aquí» (4).

Si Norteamérica pierde la supremacía en los cielos de Corea, ¿có-

(4) Y añade el cronista: «Si todas estas sorprendentes noticias con que nos despiertan otra vez al peligro de la guerra de Corea son ciertas, si perdemos más cazas de los que fabricamos, si los bombarderos que tenemos en el campo de batalla no están a la altura de los cazas rusos y si los rojos han comenzado a acumular una gran fuerza aérea tras la protección de la frontera china, ¿no volvemos a encontrarnos ahora donde habíamos quedado la primavera pasada, cuando Mac Arthur fué destituido por querer impedir que los rojos pudieran adquirir la superioridad en el aire desde Manchuria?, se pregunta el Tío Sam» (Desde Nueva York a *La Vanguardia Española*, 31 octubre de 1951).

mo piensa continuar la guerra en aquella península en el caso de fracasar las conversaciones de Panmunjon? ¿Explica, quizás, esa situación el fracaso de dichas negociaciones? (5).

UNA INFORMACIÓN Y UN COMENTARIO

El corresponsal en Roma del «New York Herald Tribune», comentando la nota dada por el señor Truman sobre el nombramiento de embajador en el Vaticano, comunica la siguiente información:

«Los grupos protestantes no fueron los únicos que la semana pasada hicieron patentes ciertas reservas acerca de la declaración del presidente Truman, relativa a la creación de una nueva Embajada en el Vaticano. Según informaciones recibidas, ciertos sectores íntimamente relacionados con la Santa Sede, no se muestran tampoco muy conformes. Las reservas vaticanas se centran en la declaración de la Casa Blanca, respecto a la coordinación de la lucha contra el comunismo, por parte de Norteamérica y del Vaticano... Durante toda la semana, las organizaciones católicas han estado trabajando para destruir la mala impresión creada por el anuncio de la Casa Blanca y las interpretaciones comunistas... Las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos no significarán tampoco que el Vaticano rehusará aceptarlas con Rusia, en el improbable supuesto de que los comunistas que gobiernan dicha nación proporcionaran a su pueblo derechos humanos de carácter normal» («El Correo Catalán»).

Reproducimos la información a título puramente documental, sin hacernos responsables de su contenido, para poner de relieve la estranjería que parece haber causado el texto de la nota del señor Truman y cuyo contenido dimos íntegramente en la anterior quincena.

¿Qué quiso dar a entender el Presidente de los Estados Unidos en dicha nota? ¿Acaso perseguía otros objetivos políticos al proponer la reanudación de relaciones diplomáticas?

Escribe el corresponsal en Nueva York de «El Correo Catalán», al final de una de sus crónicas: «Hay muchas razones para dudar que el paso sea definitivo (se refiere al nombramiento de embajador en el Vaticano). Más bien pue-

(5) El jefe del Estado Mayor de las fuerzas aéreas norteamericanas, general Vandenberg, dijo hace algunos meses:

«1) Los motores de propulsión soviéticos son mejores que los norteamericanos, gracias a que los Estados Unidos no pudieron traer técnicos alemanes que luego la URSS se quedó.

«2) Los rusos pueden producir en masa aviones excelentes...»

«3) Los Estados Unidos han perdido en Corea 212 aparatos; los comunistas, 149». (CRISTIANDAD, n.º 174. *De la Quincena política*, pág. 287, col. 2.º).

de ser un gesto, un propósito o un sondeo, y la decisión de poner todo el fuego en un problema para distraer la atención de otros. Y el presidente Truman es un político con sagacidad suficiente para obtener provecho, bien del gesto, bien del sondeo o de la distracción.»

¿Responde esa gravísima acusación a la realidad de los hechos?

Del 4 al 9 de noviembre

MENSAJE MASÓNICO

DEL REY DE INGLATERRA

Con ocasión de celebrarse en Albert Hall la toma de posesión del nuevo Gran Maestro de la Francmasonería inglesa, conde de Scarborough, que sucede al duque de Devonshire, el rey de Inglaterra —según relata «The Daily Telegraph»— dirigió al nuevo Gran Maestro un mensaje, que fué leído en presencia de los masones ingleses y extranjeros que asistieron a dicho acto.

El rey había manifestado anteriormente por cuatro veces consecutivas su interés en presidir la «ceremonia», pero la enfermedad que padece le imposibilitó de asistir a la misma por lo que delegó su representación en el conde de Derby.

El mensaje masónico del rey, entre otras cosas, dice lo siguiente:

«El mundo de hoy necesita una regeneración espiritual y moral. No dudo, después de pertenecer durante muchos años a nuestra Orden, que la francmasonería puede desempeñar una importantísima parte en cubrir esta necesidad.»

Entre los representantes extranjeros, había delegados de las Grandes Logias de Irlanda y Escocia, de Quebec, Ontario y Nueva Escocia, Nueva Gales del Sur, Australia occidental, Victoria y Queensland y Nueva Zelanda; Grandes Logias de Norteamérica y Brasil, Dinamarca, Francia, Finlandia, Noruega, Suecia, Holanda y Suiza.

«Los reunidos —agrega el periódico citado— dirigieron una plegaria por la salud del rey, que fué ofrecida por el Dr. Fisher, Arzobispo (protestante) de Canterbury.»

El conde de Derby afirmó que la francmasonería no tiene fronteras territoriales. Por su parte, el duque de Scarborough dijo que las dos guerras mundiales lejos de debilitar el progreso de la masonería, le han dado renovado impulso (6).

SHEHAR YASHUB

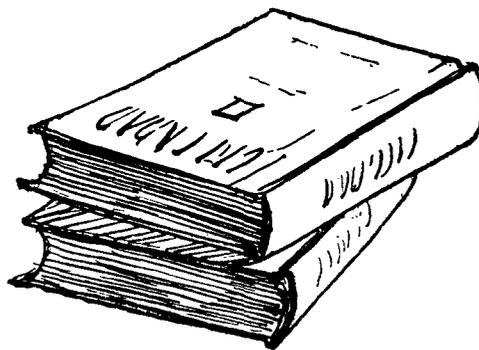
(6) Refiriéndonos a la masonería, señaláramos desde estas mismas páginas una reunión celebrada por los «hermanos» alemanes en Bad Ems, en el pasado mes de agosto, en la cual el Gran Maestro hizo una llamada a la juventud para que acuda a las logias, que la recibirán con los brazos abiertos, «para encargarla de centuplicar la lucha contra el Papa y la Iglesia Católica». (CRISTIANDAD, números 179 y 180, *De la Quincena política*, pág. 398, col. 3.º).



*La mejor
adquisición
para su biblioteca*

El mejor regalo ...

UN TOMO
EN EDICIONES
ENCUADERNADAS
DE «CRISTIANDAD»



Administración de «CRISTIANDAD»:

Diputación, 302, 2.º - BARCELONA - Teléfono 22 24 46

Tomos de los años 1944 a 1949, volumen de un año	125'— Ptas.
» año 1950 (sin Iconografía Española de la Asunción).	140'— »
» » 1950 (con » » » » »).	215'— »
La colección completa, año 1944 a 1950 con el n.º extraordinario 161-162 e Iconografía Española de la Asunción	875'— »

Francisco Gambús

Casa fundada en 1834

Aceites de Oliva - Industriales y comestibles

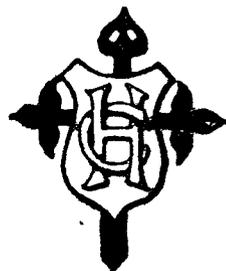
Vía Masagué, 77 y 77 bis

SABADELL

Teléfono núm. 1794



*Visite las Cuevas
de Artá*



**HOTEL
COMPOSTELA**

PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA

Católico:

Despierta y milita